

SS
SERVICIO SECRETO

SILVER KANE

SEMANA NEGRA

Una barbaridad de gente estaba disfrutando del fin de semana. Las carreteras estaban abarrotadas de tipos a los que no funcionaba el coche. Los cobradores de las casas de ventas a plazos se hartaban de llamar a las puertas y resultaba que no había nadie.

Sí, el sábado es un gran día.

Uno puede colocar los zapatos sobre la mesa, apoyarse en el respaldo del sillón y mirar a través de la ventana, sobre todo si es primavera. Uno puede pensar que el jefe ya no le molestará porque ha dejado todos sus asuntos para el lunes. Uno puede pensar que van a pagarle de un momento a otro.

También publicado por Bruguera en la colección Selección Servicio Secreto con el número 10.



Silver Kane

Semana negra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 306

ePub r1.1
LDS 10.05.18

Título original: *Semana negra*
Silver Kane, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Silver Kane

Semana negra

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

Dedico esta novela, como testimonio de gratitud a Eleonora Perkins, secretaria de correspondencia de la «Burns & Howard Insurance Co.», la cual, al producirme con su zapato tres puntos de sutura en la cabeza, evitó que al día siguiente participase en el tiroteo de la orilla del Hudson, donde sin duda me hubiese dejado la piel.

Al inspector Clavert, a quien clavaron dos balas destinadas a mí, y que a consecuencia de todo esto ya no me saluda.

Y muy especialmente dedico esta obra a Sabina Eversikatolersen (así, tan largo), funcionaria de la «Morgue», de Nueva York, quien ha prometido que cuando alguien me mate embalsamará con sus amorosas manos mi cadáver.

A todos estos personajes mi reconocimiento y mi más respetuoso temor.

S. K.

Semana NEGRA



Sabado

Leonora

Capítulo primero

Sí, era sábado.

Una barbaridad de gente estaba disfrutando del fin de semana. Las carreteras estaban abarrotadas de tipos a los que no funcionaba el coche. Los cobradores de las casas de ventas a plazos se hartaban de llamar a las puertas y resultaba que no había nadie.

Sí, el sábado es un gran día.

Uno puede colocar los zapatos sobre la mesa, apoyarse en el respaldo del sillón y mirar a través de la ventana, sobre todo si es primavera. Uno puede pensar que el jefe ya no le molestará porque ha dejado todos sus asuntos para el lunes. Uno puede pensar que van a pagarle de un momento a otro.

Pero yo no hacía nada de esto ni podía hacerlo. Estaba escribiendo una novela.

Escribir novelas es la mar de fácil.

Lo primero que hay que hacer es crear un tipo de protagonista y cogerle simpatía. Quererle tanto como si fuera nuestro hermano o nuestro hijo. Hacernos carne y uña con él. Admirarlo, buscarle perfecciones, convertirlo en nuestro ídolo.

Lo segundo que hay que hacer es pensar toda una serie de cosas que a nosotros no nos gustaría que nos sucedieran de ningún modo y hacer que le sucedan a ese protagonista a quien queremos como un hermano o como un hijo, de quien somos uña y carne, etcétera, etcétera, etcétera. Hay que mecerle en peleas, hacerle aguantar puñetazos de hombres y bofetadas de mujeres, dejar que le agujereen la piel, que le metan atado de pies y manos en una cuba de alquitrán y que le despidan de su empleo. A cambio de eso, los protagonistas tienen privilegio de que se llevan siempre a la chica más guapa, pero uno debe acentuar su crueldad hasta el extremo de

poner la palabra «fin» justo, justo allí donde el protagonista, después de ser zarandeado, tiene a la chica medio abrazada y se dispone a recibir un beso en vez de un puñetazo.

Por eso no es de extrañar que los que escribimos novelas tengamos al cabo de un tiempo los dientes apretados, labios curvados en una sonrisa despótica, ojillos oblicuos y orejas en forma de asa.

Por eso no es de extrañar que los editores nos reciban mal, digan siempre que nuestros libros no se venden nada y que somos esto y aquello porque si así tratamos a nuestros protagonistas habrá que ver cómo trataremos a nuestras ancianas tías y a los hermanitos pequeños de nuestras novias.

Bueno, pues, a pesar de todo esto, y a pesar de saber a lo que me exponía, yo estaba escribiendo una novela.

Lo hacía en mi despacho de trabajo, durante las horas laborables de un sábado por la mañana, y amparado en la falsa seguridad de que *Mr.* Howard no se acercaría por allí, y más estando la puerca atrancada. Antes de la hora del cierre podría terminarla, pues me faltaba ya muy poco, durante el domingo la corregiría —todo esto trabajando como un león— y el lunes podría llevarla a Clarence, mi editor, y suplicarle que me la pagara dentro del corriente siglo. Pero mi felicidad no iba a ser tan grande.

Se abrió la puerta de repente, saltó la silla que yo había puesto tras ella, y entró Howard.

Howard era uno de los dos socios de la firma. Tenía la expresión malsana que ya he dicho tenemos los novelistas, pero él no escribía novelas. Decía que más mérito tenía hacérselas vivir a los empleados, y verdaderamente, a veces, éramos dignos personajes de un serial o de un folletín por entregas.

Desencajó las mandíbulas al verme y rugió:

—¡Silver! ¡Silveeer!

Me levanté, tapé los papeles con mis manos e improvisé una sonrisa que había visto en el maniquí de cera de una sastrería.

—Dígame, señor.

—¿Qué diablos estaba haciendo, Silver?

—Estaba trabajando por la prosperidad y el engrandecimiento de la Compañía, señor.

—Ah, ¿sí? ¡Ejem! ¿Cómo quiere que yo me trague eso? ¿Cómo

quiere que de crédito a sus patrañas? Anoche precisamente estuve leyendo una de sus novelas.

—Sí, ya me dijo el editor que se había vendido un ejemplar. Gracias, señor.

Howard encajó las mandíbulas otra vez y con eso se produjo en la habitación un chasquido.

—Estuve leyendo una de sus novelas del Oeste, Silver. Pura filfa.

—¿Por qué, *Mr*. Howard?

—Porque describe usted un poblado donde hay barberías, pistoleros, tres o cuatro *saloons* con bailarinas y todo, empresa de pompas fúnebres y oro suficiente como para haber prolongado diez años más la guerra de Corea. ¡Y, sin embargo, no hay nadie que se dedique a comerciar en el importante ramo de seguros sobre la vida! ¡Montañas de individuos que mueren inútilmente!, sin haber tenido la precaución de haber pagado algunas primas, responsables y de toda garantía. ¡Imprevisión, desorden, falta de un adecuado sentido comercial de la existencia! ¡He aquí lo que hay en sus novelas, Silver! Y, además, otra cosa: cuando el protagonista, aquel tipo llamado Fred, mata a su último enemigo, le dice que todo eso se lo tiene merecido por canalla. Con lo sencillo que hubiera resultado decir: «¡Toma, toma! ¡No morirías con esa cara si te hubieras hecho un seguro de accidentes en “Burns y Howard”!». Porque nuestra Compañía, Silver, ya existía cuando Dallas, Tucson, Carson City y otras ciudades adquirieron su triste fama. Téngalo en cuenta para otra vez que se ponga a emborronar cuartillas o me veré obligado a considerarle como un empleado que no siente el menor interés por sus jefes.

Escuché toda esta larga perorata de Howard con la boca abierta. Y mientras fingía estar absorto iba recogiendo con las dos manos las cuartillas que tenía sobre la mesa. Pero él lo notó.

—¡Silveeer!…

—Lo siento, señor. Había empezado a escribir justamente ahora.

—¡Le pondré a trabajar en la oficina general, donde lo tenga bien a la vista! ¡Controlaré sus movimientos! ¡Haré que su trabajo sea inspeccionado por el señor Simpson! ¡Le asignaré un cupo diario de producción! ¡Le despediré una semana antes de Navidad para que se muera por las calles de frío y de hambre, y tenga que pedir limosna a la salida de los clubs lujosos!

—Pero, señor Howard… —tartamudeé—. ¿Qué novelas lee usted?

—¿Novelas? ¡Bah! ¡Me tragué ayer una suya y no volveré a leer otra hasta que se hayan casado mis cinco hijas! Lo que hago es seguir unos seriales de televisión en compañía de mi señora. Sale una mujer que durante la guerra perdió la memoria y estuvo viviendo dos años con un hombre creyendo que era su marido. Tienen un hijo y luego vuelve el marido auténtico, que también ha perdido la memoria. ¡Eso son buenos dramas!

¡Y pensar que era sábado! ¡Y pensar que otras Compañías concedían el fin de semana a sus empleados y que las carreteras estaban llenas, de tipos que se sentían felices aun cuando no les funcionaba el coche!…

—Prometo dedicarme a escribir dramas familiares, *Mr*. Howard —dije con expresión de hombre a quien le van a sacar una muela—. De ahora en adelante habrá un hijo con dos madres en cada una de mis novelas.

—Bueno —rezongó Howard, después de todo esto— pase a mi despacho y hablaremos.

Pasamos a su despacho.

Éste era una pieza con dos hermosas ventanas a Central Park, muebles de nogal claro, dictáfonos por todas partes y retratos de los primeros directores de la Empresa. Por cierto que el fundador de la misma llevaba un revólver así de grande. Seguro que lo fabricaron por si Jesse James llegaba alguna vez a general de artillería.

Presidido por tan insignes varones, Howard se sentó ante su mesa y me invitó a mí que hiciera lo propio.

—Silver, tengo que hablarle del asunto Warden.

Me lo temía, pero no objeté nada.

—Sí, señor. El asunto Warden.

—Sabe de sobras que John Reginald Warden estaba asegurado en nuestra empresa. Un seguro de vida que garantizaba a sus herederos en caso de defunción la importante suma de cien mil dólares. Warden era hombre meticuloso, que pagaba sus primas con puntualidad y en cuya póliza no había ningún defecto legal que la hiciera atacable. He consultado ya a los abogados de la Empresa.

—Sí, señor —asentí, moviendo la cabeza con el entusiasmo de un muñeco mecánico.

—Sabe también que John Reginald Warden ocupaba un alto cargo oficial que significaba un constante riesgo para su vida. Debido a ello exigimos una sobre prima posteriormente a la firma de la póliza, y él la pagó.

—Sí, señor.

—También he consultado ese punto con los abogados de la Empresa.

—¡Qué precavido es usted, señor!

—Warden hacía frecuentes viajes a Inglaterra, y, posteriormente, aún exigimos otra sobreprima si su muerte acaecía en acto de servicio y fuera de las fronteras de nuestro país. Tampoco protestó, y la ha venido pagando.

—¿Saben esto ya los abogados, señor?

Howard creyó que hablaba en serio. Pulsó un timbre de entre las cuatro o cinco docenas de multicolores botones que había encima de su mesa. Había tantos que uno pensaba que cualquiera de ellos debía servir para que se abriera una trampa debajo del asiento. Y tras pulsar ese timbre, gruñó:

—Ahora vendrá Eleonora y me traerá el *dossier*.

Vino Eleonora.

Yo bajé los ojos, entrelacé los dedos y adopté una actitud humilde. Pensé que un tipo que, al fin y al cabo, no ha podido trabajar en sitio mejor que en
«Burns & Howard»
ni encontrar editor más importante que Clarence, no tiene derecho a mirar ciertas cosas. No tiene derecho a pensar que mujeres así pueden decidirse a ir un día con él a visitar a un juez y a sacarse fotografías junto a fes cataratas del Niágara.

No tiene derecho a imaginar cuántas toneladas de opio hay que fumarse para soñar en una mujer como Eleonora Perkins.

Eleonora se acercó a la mesa, tomó asiento en el sillón giratorio que ya tenía destinado junto a la máquina de escribir y cruzó las piernas. A partir de aquel momento fui hombre perdido.

Ya no vi a Howard, ni escuché sus palabras, ni me di cuenta de que estábamos hablando de la vida o la muerte del honorable John Reginald Warden. Sólo existía Eleonora, y aquella postura, y la gracia de sus movimientos y su vestidito que debía haber sido cortado por el mismo diablo.

Además, estábamos en primavera.

—El señor Silver Kane está muy pálido esta mañana —comentó Eleonora, sin mirarme y como quien no quiere la cosa—. Es posible que necesite unas largas vacaciones, *Mr*. Howard.

Eleonora ansiaba que me despidiesen porque así yo me vería obligado, quisiera o no, a escribir más novelas para ganarme la vida. Y ella decía que en las novelas estaba mi porvenir, lo que denotaba que no las leía o que no conocía a Clarence. Pero este interés por mí no obedecía a que me amara en silencio, ni a que tuviese mi retrato en la mesilla de noche ni a nada de eso. Eleonora llevaba también, todos los domingos por la mañana, migas de pan y cacahuetes a los monos del Zoológico, lo que, la verdad, me dejaba bastante descorazonado.

Y entonces estalló Howard:

—¡Deje de mirar a la chica y atiéndame! Al fin y al cabo, Eleonora Perkins no arrojó más que un coeficiente de productividad seis, coma, cinco, durante las pruebas de ingreso a que fue sometida. Le iba diciendo que John Reginald Warden estaba al corriente de pago y que no hay procedimiento legal para atacar la validez de la póliza. El próximo viernes se cumple un año de su desaparición, y su esposa o presunta viuda reclama el importe del seguro, diciendo que Warden ha muerto. Durante ese año no nos ha sido satisfecha ninguna prima, pero en la póliza consta que los derechos del asegurado se conservan aunque éste se constituya en mora durante el plazo máximo de un año. —Elevó la voz y luego empezó a resollar—. Y ese año se cumple, como le he dicho, el próximo viernes a las cero horas un minuto. Además, hemos sido requeridos por un tribunal civil para que abonemos antes de ese momento la prima del seguro o demostremos que John Reginald Warden vive aún.

—Bueno —objeté—, pero es a su viuda a quien corresponde demostrar el hecho de la muerte.

—Al parecer, ha logrado infundir al tribunal la convicción de que su esposo está muerto. Existen, en efecto, ciertas presunciones. Pero yo creo, y no lo hago tan sólo pensando en los intereses de la Compañía, que ese Warden es un pollo más listo de lo que todos suponen. Estaba encargado por el Gobierno de recoger en Gran Bretaña información atómica y traerla a los Estados Unidos, en

virtud de los acuerdos de intercambio establecidos entre los dos países. ¿Quién me dice a mí que con su preciosa información no ha emprendido el vuelo a la Unión Soviética?

A mí también me pareció muy razonable esta suposición. Uno está acostumbrado a leer en los periódicos tantas cosas, cuando puede comprarlos, que ya no le extraña nada. Y por eso dije a Howard que sí, y que era todo un tipo por imaginar aquello.

—Vea —añadió él, más ufano—. Vea lo sospechosa que resulta la actitud de Warden. Le encargan un viaje a Inglaterra, cumplimenta el encargo y recoge en las Islas información atómica, vuelve a Nueva York y antes de poder seguir viaje a Washington, desaparece. De esto ya hace un año. ¿Raro, no?

—Sí, señor. Raro. ¿Y qué he de hacer yo, si puede saberse?

—Usted es el segundo detective de la Compañía —afirmó, solemnemente, Howard.

Eleonora disimuló un bostezo.

—Alguna vez será el primero —sugirió—. Cuando Higgins muera.

—Higgins tiene tan sólo cuarenta años —objeté, mirándola con odio.

—Sí, y además está investigando el asunto del collar Burley, asegurado en veinte mil dólares —interrumpió Howard— de modo que deberá ocuparse usted exclusivamente del asunto. Su misión consiste en seguir los últimos pasos de Warden y hallar algún indicio que demuestre está vivo. Todo esto tiene que ser antes del viernes próximo a las cero horas un minuto.

No tenía otro remedio que hacer lo que hice. Confío que algún día me será perdonado. Me levanté y prometí solemnemente:

—Antes del viernes sabrá usted alguna cosa, míster Howard, o yo no volveré a poner los pies en la Compañía.

Aquello fue el principio.

CAPÍTULO II

Y la continuación fue ésta:

Eleonora Perkins me llevó al pequeño despacho que ocupaba, contiguo al de Howard, cruzó otra vez las piernas y me miró.

—Silver, has aceptado un trabajo difícil y peligroso —observó con una voz tan tierna que me recordó a la de mi madre.

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Si Warden huyó a la Unión Soviética, puede ser muy comprometido ponerse a seguir sus huellas.

—Ten en cuenta que los del F. B. I, y los del
C. I. A.
deben haber rastreado su paso trescientas sesenta y cinco veces durante este año. Y aunque sólo sea por cansancio, las pistas, los peligros y las aventuras deben haberse terminado ya.

—Mira, Silver —advirtió Eleonora—, aquí hay tres hipótesis. La de la presunta viuda, de Warden, quien dice que su esposo murió sin que por el momento se haya encontrado su cadáver; la de los agentes del Gobierno, que creen que Warden se largó a la Unión Soviética con su montaña de secretos. Y la tuya: tú crees que por alguna razón ese hombre vive y está oculto en los Estados Unidos.

—Yo no he pensado nada —protesté—. Cuando era un niño, el médico me prohibió que lo hiciera. Y me he acostumbrado ya.

—Tú crees eso porque lo adivino en tus ojos. La presunta viuda de Warden tan sólo se ha preocupado de reunir unos cuantos indicios sobre la muerte de éste, atenta a cobrar el seguro, y no ha hecho verdaderas investigaciones. Los Federales, creyendo que Warden se escapó a Rusia, han revuelto el mundo de fronteras para afuera, pero no se han preocupado de seguir realmente los pasos de Warden sobre la base de que aún puede estar aquí. Y tú serás el

primero, por tanto, a pesar de que ya ha transcurrido un año, en realizar una investigación fundada en principios nuevos.

Lo de ser el primero me gustó. Y admiré a Eleonora y le dije que tenía grandes ideas, y seguí hablando de ella y acabé por enredarme. Cuando le dije que tenía unas pantorrillas como para exhibirlas en pantalla panorámica, fue y se enfadó.

Si le he permitido la entrada en mi despacho, señor, ha sido porque desgraciadamente me ocupo del archivo general y soy la encargada de facilitarle cuantos datos precise para la buena marcha de su tarea. Aquí están. Dos fotografías de John Reginald Warden, los datos personales que figuran en su póliza, su dirección de Washington y la lista de los hoteles que solía frecuentar cuando recalaba en Nueva York. Actualmente su viuda reside aquí.

Me tendió un fajo de papeles y se fue moviéndose más que una serpentina en el Día de la Independencia. Yo me quedé con la boca abierta.

Revisé los papeles, me empapé de su contenido y luego los puse en mi cartera.

Acto seguido salí a trabajar.

No sé si he dicho ya que era sábado.

Las parejas se pellizcaban las mejillas en las esquinas mientras esperaban el cambio de la luz de tránsito. Los automóviles se habían marchado al campo y los abuelitos que se habían quedado en casa contemplaban desde sus ventanas la primavera. Llegó una noche fragante, tentadora, apta para amar o para contar luciérnagas en un parque, pero no para seguir las huellas de un hombre que se marchó hacía un año quizá para no pagar sus impuestos, cosa ésta en la que no había pensado nadie.

Cuando tras poner en orden algunos asuntos pendientes, llegué a casa de mi hermana, donde estaba invitado a cenar, me habían llamado ya dos veces al teléfono.

—Es una tal Eleonora. No sabía que ahora te dedicases a vender artículos para el hogar a precios rebajados.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Porque no comprendo para qué otra cosa puede llamarte a ti una mujer.

No me quedó otro remedio que ponerme a leer la sección necrológica del diario, y en ese momento llamó Eleonora por

tercera vez.

—Cariño, hoy es sábado.

—Sí, y mañana llevarás cacahuetes y miguitas de pan a los monos del parque.

—¡Oh, tú eres distinto! ¡Te juro que tú significas más para mí, Silver! —Cielo mío, no puedo creerlo.

Lo había dicho con voz de desmayado. Eleonora se enfadó.

—No creas que te he llamado para decirte que eres el único hombre de mi vida ni ninguna tontería de ésas. Te he llamado porque hoy es sábado, tengo algunas horas libres y me gustaría ayudarte. Yo trataba siempre a Warden cuando venía a la Compañía, y puedo serte útil.

—Está bien, está bien… Te recogeré dentro de una hora en la esquina de la calle Catorce.

Había salido otros sábados con Eleonora, llevándola a un cine modesto en compañía de su madre. Algunas otras veces salimos solos a pasear con la confianza que nos daba el llevar dos años trabajando juntos. A mí no me gustaba eso porque me ponía nervioso. Eleonora estaba deseando que me declarase para decirme que no, y yo lo sabía. Ahora, si había decidido acompañarme, ya podía estar seguro de haber perdido la noche.

No cené.

Fui como un meteoro a todos los hoteles relacionados en la lista e interrogué a los empleados sobre las costumbres de John Reginald Warden. Todos me contestaron que casi no se acordaban, y que, además, les tenía sin cuidado.

Claro, había pasado un año.

Fui a la esquina de la calle Catorce, llegando con cinco minutos de anticipación. Durante ese tiempo me dediqué a pensar que los de la F. B. I, ya habrían removido todas aquellas pistas, dedicándose, además, a fisgonear en todos los clubs de que era miembro Warden, retirando su correspondencia e interrogando a sus amistades. De modo que si ellos no habían encontrado nada, daba risa pensar que yo pudiera tener más suerte.

Vino Eleonora como caída de una nube, con un vestido vaporoso, un collar de bisutería y unos zapatos de piel de serpiente, sin duda comprados en una liquidación porque no formaban pareja. Pero aunque no tenía riquezas tenía juventud, hermosura y una

montaña de cosas más. Y en cuanto se casase con un millonario, cosa que ella deseaba con toda el alma, sería una mujer como para hacer parar las campanadas de un reloj.

—¿Tiene alguna pista?

—¿Cómo quieres que tenga alguna pista? La misión que me han encargado no es propia de un detective, sino de un historiador. Más aún, de un arqueólogo. ¡Hace ya un año que Warden ha desaparecido! ¿Y qué diablos voy a encontrar yo ahora?

Fuimos a atravesar la calzada y por poco nos atropella una camioneta de Correos. Eché hacia atrás a Eleonora y me tragué lo que iba a decir porque iba con ella. Era una cosa tan fuerte que por poco me produce perforación de estómago.

Bueno, y fue entonces.

Uno nunca sabe por qué piensa las cosas. Hay una barbaridad de tipos que se tragan todo un concierto sólo por oír una determinada nota, la cual les descubrió algo importante para su vida. Hay quien ve moverse unas cortinas y piensa cosas que ponen los pelos de punta. Hay quien ve una mujer que tiene los ojos como los que soñó cierta noche, y va y se casa con ella.

Yo vi aquella camioneta de Correos y tuve una asociación de ideas que me llevó hasta Warden. De repente, pensé en él como un muerto. Como un hombre que hacía ya un año que estaba muerto.

Cogí a Eleonora de la mano.

—Vamos.

Cruzamos la calzada y entonces me di cuenta de que había cambiado la noche. No era una noche como las de los otros sábados, apropiada para ir a un cine barato, comer maíz tostado y decir cosas idiotas al oído de una chica. Todo, de repente, era distinto. La ciudad tomó para mí un raro aspecto de asociación de personas que mataban y que morían, y contemplé ahora las casas como intentando atisbar a través de sus paredes, como intentando averiguar si ocultaban a algún muerto. Eleonora notó que me pasaba algo extraño, y en cuanto llegamos a la otra acera me lo dijo cariñosamente:

—Da asco salir contigo. Estás hablando y de repente miras hacia otro sitio y te quedas más callado que una momia. ¿Qué diablos te pasa ahora?

—Vamos a Correos.

—¿A Correos? ¿A qué?

—Trataré a ver si aún está abierta la oficina de Lista.

Eleonora sabía cuándo debía callar, y ahora calló. Tomamos un autobús y nos apeamos cerca de la oficina central de Correos.

Afortunadamente, el departamento de Lista aún estaba abierto. Fui al empleado y le pregunté si hacía largo tiempo llegó dirigida a Lista de Correos una carta para un tal John Reginald Warden.

Miró un registro y me dijo que no. Pero cuando le expliqué que de eso debía hacer un año y que se trataba de un asunto muy importante, volvió a mirar, ahora en un registro más antiguo. Yo tenía el corazón convertido en un tambor, tan sorda y profundamente latía. Y en cuanto a Eleonora, me miraba como miraría a un fugitivo del manicomio. Al fin el empleado declaró:

—Pues sí, hubo una.

—¡Magnífico!

—Pero no las conservamos tanto tiempo. Debe haber sido destruida ya.

Saqué dos dólares, que me dolieron más que si me hubieran sacado en vivo las dos amígdalas. Se los ofrecí al empleado y le rogué que mirara entre el material que tenían para destruir. Éste no era mucho: unas quinientas cartas.

Quince minutos después, yo tenía en las manos un sobre amarillento, con la dirección «Lista de Correos» escrita con bolígrafo y a toda prisa. Igual que el que lleva entre sus manos un tesoro, la sujeté férreamente, hasta arrugarla, y salí con Eleonora al vestíbulo.

Allí tomamos los dos asientos.

—Silver, no comprendo cómo se te ha ocurrido esto.

—Ha sido una idea que lo mismo pudo no surgir. De haber estado pensando horas y horas, tal vez no se me hubiese ocurrido. Los de la F. B. I, debieron mirar en todas partes, pero ninguno de ellos pensó que Warden pudiera haberse dirigido a sí mismo una carta enviándola a Lista de Correos. Y el hecho de que no la recogiera indica una cosa: que Warden está muerto.

Con ojos que brillaban como los de una hermosa gata, Eleonora contempló la carta. Y yo la abrí.

Dentro no había más que el resguardo entregado por una casa guardaobjetos.

—Vamos allá. El nombre y dirección de esa casa están bien

claros.

Fuimos a un gran salón de apuestas que no estaba lejos de allí y que hervía de bullicio. Había allí un buzón de Correos, donde seguramente fue lanzada la carta, y un departamento donde se guardaban paquetes.

—¿Puede darme éste, por favor?

El encargado olió el resguardo y me pidió otros dos dólares.

—Esto lleva ya un año aquí. Tiene que pagar un suplemento por el depósito.

Hurgó en un pequeño almacén y salió de él con un paquete grande, mal hecho, envuelto en papel de embalar. Era blando al tacto y pesaba poco.

—Vámonos al reservado de un bar, Eleonora.

Su obligación de muchacha honesta era decir que no, pero dijo que sí porque la curiosidad podía más que cualquier otro sentimiento.

Nos introdujimos en un bar donde había departamentos algo discretos. El camarero miró a Eleonora y luego me miró a mi con cara de bobo.

—Que se divierta, señor.

Estuve a punto de ponerme a gritar.

—Vamos a abrir el paquete —propuso Eleonora, apenas estuvimos solos—. ¡Aprisa!

¡Aprisa!

—No grites tanto. ¡Se van a creer que esto es la merienda!

Lo desaté con dedos nerviosos y vimos dentro un traje de caballero de buen corte y buen paño, color gris y con la etiqueta de un sastre de Londres.

—Yo reconozco este traje —murmuró Eleonora—. ¡Un par de veces el señor Warden fue a la oficina y lo llevaba puesto!

—Era suyo, no hay duda. Pero ¿por qué lo dejó ahí? ¿Qué perseguía con eso?

Rebusqué en los bolsillos. Nada.

Nada excepto la tarjeta de un establecimiento de prendas usadas de la calle Doce y el *ticket* de una consumición hecha en un bar cercano al río Hudson.

—Puede que aún esté abierta esa casa. Vamos a ir allí.

—Toda esta soledad es peligrosa —opinó de repente Eleonora,

dándose cuenta de que era una señorita—. Nos han dejado como si fuésemos un par de pecadores. ¡Éste es un lugar a propósito para citas clandestinas y yo no debí haber entrado aquí!

Miré a la muchacha y me dije por millonésima vez que era hermosa. Endiabladamente hermosa. Y como estábamos solos y había pagado el café tres veces más caro precisamente porque estábamos solos, se lo dije:

—Eleonora, eres una muchacha valiente y adorable. Llevamos tiempo trabajando juntos y nos conocemos bien. ¿Por qué no unir nuestras vidas?

Lo decía en serio. Siempre me he conmovido cuando alguien me ha acompañado en momentos de peligro, y en este momento Eleonora me acompañaba.

Sentí como si fuese la mujer de mi vida. Me ablandé y me puse suave, y entreabrí los labios y me acerqué a ella mientras empezaba a sentir escalofríos en la espalda.

—¿Unirnos, Silver? ¿Con qué dinero?

—Mi firma se irá cotizando con el tiempo, Eleonora, y mis libros se pagarán mejor.

Clarence me ha dicho…

Ella se acercó a mí, pero no fue para besarme. Me zarandeó.

—¡Eh! ¡Despierta!

—Pero ¿qué te ocurre, nena?

—Me ocurre esto: una chica como yo sólo se casa una vez, Silver, y debe hacerlo con todas las consecuencias. Mientras soy soltera puedo despertarme cada mañana pensando que voy a prometerme con un millonario, que mi vida cambiará y que ya no tendré ninguna necesidad de aguantar a Howard. Todo es posible. Todo puede esperarse. Pero en cuanto me case esas posibilidades se habrán extinguido. ¡Sólo tendré la realidad y quiero que esa realidad sea buena, Silver! Yo anhelo tener mucho dinero, ¿me entiendes, Silver? ¡Muchísima *pastal*! ¡Puede que tú tengas un gran porvenir, pero eso no es suficiente!

Cuando una mujer nos dice que en cuanto se case se va a resignar a todo, nos engaña. Seguro que nos engaña. Pero al menos hay en ella una dosis de buena intención, mientras que Eleonora, ya desde el principio, reclamaba oro con más fuerza que los que colonizaron California. De improviso, me di cuenta de que uno de

los mayores ideales de aquella mujer era dejar de comprarse zapatos en las liquidaciones, y aunque ese deseo me pareció muy respetable, me pareció también muy mezquino.

Pero era muy hermosa y me estaba acompañando en aquella aventura. Seguí ablandándome.

—Está bien, Eleonora, pero al menos no salgamos de aquí sin que me des un beso.

Sería de tontos.

Cuando iba a abrazarla, se descalzó el zapato y me atizó con él. Ya he dicho que los dos zapatos no eran iguales. Pues bueno, me debió atizar con el más grande. Lo dejó caer tres veces sobre mi cráneo y sentí que se me desgarraba la piel.

Pero la besé. Lo hice muy respetuosamente, en la mejilla, para demostrarle que se había equivocado.

—Salgamos.

Cogí el paquete y salimos al corredor. Al camarero se le dilataron los ojos al verme. Me di cuenta de que algunos hililllos de sangre corrían por mi rostro. Fui al lavabo, me limpié como pude y salí otra vez. Eleonora no me había esperado.

En el fondo no era una muchacha intrépida. Había comenzado todo aquello porque era sábado y porque hacía una hermosa noche y porqué seguramente la radio había lanzado un programa de música romántica. Pero en cuanto se percató de que por allí andaba un muerto, y en cuanto vio sus ropas, se dio cuenta de que aquello ya no le gustaba. Además yo había estado inoportuno. Había olvidado que para hablar de cosas serias con una mujer, lo primero que uno tiene que decir es lo que cobra cada semana o cada mes.

Fui solo, pues, a la calle Doce y encontré la tienda de prendas usadas. Había en ella expuestas una serie de cazadoras, monos y camisetas de franela y se llamaba «El Ideal del Pueblo Americano».

Tragué saliva y entré. Cerca de la puerta, cerrando ya, había una mujer de unos cuarenta años, que me miró. Y me dijo que sí a todo con la mirada.

Yo sólo quería preguntarle si un año antes había ido allí un hombre vestido con las ropas que le mostré y había adquirido otras, saliendo con ellas puestas. La mujer pareció no comprender que un joven como yo quisiera tan sólo esa cosa tan idiota.

—Sí, creo recordar, aunque no estoy muy segura. ¡Hace ya tanto

tiempo de eso…! Vino un caballero vestido con un traje más o menos como éste. Dijo que quería comprar ropas de mecánico, se las puso, pagó y se fue llevando el traje bueno en un paquete que hicimos aquí mismo.

—¿Le dio usted alguna tarjeta del establecimiento?

—No me acuerdo. Es posible, desde luego.

Saqué uno de los retratos de Warden procedentes del archivo de Burns y Howard.

—¿Era este hombre?

—No lo diría ante un jurado, pero creo que sí. Y si era ése, daba la sensación de estar muy nervioso.

—Muchas gracias. Es cuanto quería saber.

La mujer me miró con aire acusador.

—Pero ¿no vas a comprar nada?

—Quería un traje interplanetario, pero veo que no lo hay. ¿Te dijo aquel individuo hacia dónde iba?

—Mira, yo no me acuerdo mucho de lo que me dicen los hombres. Quizá por eso sigo soltera todavía. Pero a aquella hora y con esa ropa, no podía ir demasiado lejos.

Efectivamente, el salón de apuestas donde había depositado el traje no estaba a más de tres manzanas de distancia. De modo que los que perseguían a Warden debieron cazarle por aquellas inmediaciones, teniendo en cuenta, además, que el bar mencionado en el *ticket* también se hallaba muy cerca.

—Warden era un hombre listo —dije en voz baja—. En lo posible ha dejado pistas tras él. Pero ¿por qué no envió el sobre con el resguardo al F. B. I, y por qué no introdujo en él los documentos secretos que entonces llevaba encima? ¿Temía, acaso, que pudieran caer en malas manos?

Todo aquello resultaba incomprensible, más de momento tenía la sensación de caminar sobre algo concreto, aunque ese algo fuera todo lo contrario de lo que la Compañía me había encargado descubrir. Porque lo que interesaba a Howard y los accionistas era que Warden se hubiese largado a la Unión Soviética, cosa que cada vez me parecía más improbable.

—Hablas solo —comentó la mujer—. Lo que tú necesitas es alguien que te cuide.

—Gracias, mamá.

Me dijo algo muy grueso y tuve que salir del establecimiento como un bólido. Y como un bólido también recorrí dos manzanas, hasta darme cuenta de que no iba a ninguna parte.

Pero si alguien perseguía a Warden y consiguió asesinarlo, tuvo que darle alcance por allí cerca. Pasé junto al bar. Estaba ya en el centro del misterio, estaba viviendo en él, pero había pasado un año y eso es demasiado tiempo para que las pistas perduren.

Me introduje por un callejón que daba al río. Siniestro, hosco, tenebroso, sólo llegaba hasta él el rumor lento y uniforme de las aguas. Se veía al fondo la cinta de plata donde rielaba la luna y todas esas cosas que dicen los poetas cuando no tienen trabajo. Yo sólo digo que pocas yardas más allá estaba el río, y que sus aguas eran lo bastante profundas como para hacer olvidar la primavera al más optimista. Tenía frío, me sentía solo y los zapatazos de Eleonora me dolían cada vez más. Tanto como me cuesta aprender las cosas, y, sin embargo, resultaba que tengo la cabeza blanda.

Traté de imaginar lo que yo hubiera hecho de ser el que perseguía a Warden. Tras haberle visto salir del centro de apuestas hubiese tratado de no dejarle más escapatoria que aquellos callejones lindantes con el río. Una vez allí me hubiese sido relativamente fácil acabar con él, siempre y cuando tuviera a mi lado alguien que me ayudara a hacerlo sin ruido, pues una lucha hombre contra hombre hubiera resultado estrepitosa y larga.

Después lo habría lanzado al Hudson. Todo muy fácil, pero…

Había un «pero» muy importante.

Todos los tipos que caen al agua, sea por su gusto o no, tiene la mala costumbre de salir algún día, sobre todo en ríos que, como el Hudson, son dragados con relativa frecuencia. De modo que si el honorable John Reginald Warden había sido asesinado allí y arrojado al agua, su cadáver tuvo que aparecer. Claro que pudieron haberle atado un peso al cuerpo, pero eso requería una cierta preparación, y el crimen tenía todo el aspecto de haber sido improvisado. Además los pesos acaban desligándose. Y sobre todo, me constaba que aquella parte del río había sido dragada tan sólo cuatro meses antes.

Estaba pensando en todo esto cuando me acerqué hasta la misma orilla del Hudson. La luna, en lo alto, enviaba a las aguas su mensaje de luz, dibujando sobre éstas innumerables peces de plata.

Los rascacielos de Manhattan, al fondo, eran como dedos que señalaran al firmamento. Y no sé cuántas sandeces más pensé. Si Warden, cuando lo cazaron, estaba pensando en todo eso, merecía la muerte.

Y fue entonces cuando tuve miedo de que me cazaran a mí.

Porque me di cuenta de que estaba en el lugar exacto donde un año antes se cometió aquel crimen.

* * *

Todo fue por aquella casa.

Era una de esas casas flotantes que hay en todos los grandes ríos del mundo. Consistía en una superficie de madera y una barraca, también de madera, encima. Olía a humedad, a algas y a restos de pescado. Y estaba amarrada a tierra firme por mediación de un pivote situado casi junto a mis pies.

A la puerta de esa casa, mirándome, había un hombre.

Tendría unos treinta y cinco años y era fuerte como un coloso. O eso o llevaba bajo el jersey unas hombreras por las que había dado sus ahorros de un mes.

Con ese jersey, que era de color azul, vestía unos pantalones tejanos muy ceñidos, una gorra de marino y unas zapatillas de goma. Fumaba una pipa de lobo de mar, como es obligación de todo individuo que vista de esa manera.

—Hace una hermosa noche, ¿eh, amigo? —grité.

Y llené mis pulmones de aquel aire fétido como si acabara de descubrir que el sitio era la mar de sano.

El otro hizo «hum» y siguió fumando.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí? —pregunté.

—¿Le importa algo?

—Estoy escribiendo un libro sobre los muelles de Nueva York. Sólo era por eso.

El de la pipa debió pensar que si contestaba algo me marcharía de una vez.

—Dos años —dijo.

Me estremecí. Tenía la sensación de estar sobre la pista del asunto. Era una sensación que me venía acompañando durante toda la noche. Era como una euforia, como una borrachera. Pero una

borrachera de esas que se cogen cuando el médico nos ha prohibido beber.

—¿Y viene gente hasta aquí, por la noche?

—Oiga, no sé qué clase de libro estará usted escribiendo. Pero si todo lo que se le ocurre poner son cosas así, seguro que no lo compra nadie.

Resultaba que aquel tipo entendía de libros más que yo. Y empecé a preguntarme si estaría solo.

Desde luego, no había otra casa flotante por los alrededores. Y el silencio era tan, acusado —excepción hecha del rumor del río, inaudible ya por la costumbre— que por fuerza debía percibirse cualquier rumor de lucha desde el lugar donde aquel hombre se encontraba. Claro que a lo mejor un año antes estaba enfermo del sarampión, pero había que explotar hasta el fin la posibilidad que yo tenía ante mis ojos.

—Veo que usted no quiere ayudar a la cultura occidental, señor —exclamé, con acento de dignidad ofendida—. Mi libro habrá de representar un avance importante en las investigaciones sobre el Hudson, y sin duda contribuirá a una mayor inteligencia entre los países de la
N. A. T. O.

Me largué y noté cómo aquel tipo me iba mirando. Sentía su mirada en la nuca, como un cosquilleo, como la presencia de una mosca. Y a ésta no podía aplastarla de ningún modo. Seguí la orilla del río hasta perderme tras unas pilas de cáñamo. Y allí hice algo que no estaba nada de acuerdo con la conducta de un hombre que habla, de la cultura occidental. Me quité la americana y los zapatos y me puse a caminar a gatas para espiar la lejana casa de madera. El individuo había acabado de fumar su pipa y pasaba al interior en aquel momento.

Si se parte de una base determinada, hay deducciones que saltan solas. La base era que Reginald Warden había sido asesinado allí mismo un año antes. En este supuesto, aquel individuo tenía que saber algo, o incluso podía haber contribuido de algún modo a la ocultación del cadáver. Aquélla casa flotante era un lugar ideal para que éste no acabara saliendo a la superficie. Pero si la base de las deducciones era falsa, o sea, si Warden no había muerto allí, todo lo que yo estaba haciendo era como para sufrir un ataque de risa.

Me despojé también de la corbata, y ya más libre de movimientos, me descolgué poco a poco desde el amarradero hasta la superficie del río. Sé obrar sin hacer ruido cuando me conviene, y en este caso extremé las precauciones. Entré en el agua sin producir un solo chapoteo, y empecé a nadar muy poco a poco hacia la casa flotante.

Lo hacía bajo el agua, sacando solo un poco la cabeza para respirar a cada cuatro brazadas. Ese momento lo aprovechaba también para mirar hacia la casa, en la que se había apagado la luz, dando la sensación de que el que vivía en ella se había retirado a descansar. De todos modos, seguí utilizando las mayores precauciones para acercarme a ella.

Llegué hasta la plataforma de tablas, me apoyé en ella unos segundos e inhalé aire profundamente. Para lo que iba a hacer ahora, necesitaba pulmones resistentes y un estómago a prueba de disgustos.

Sencillamente, yo opinaba que el cadáver podía estar atado en la parte inferior de la cubierta, hundido en el agua. De este modo no habría corriente ni máquina de dragar que lo sacase de allí, aparte de que el incesante fluir de las aguas y algunas especies de peces no habrían dejado ni los huesos en el transcurso de un año.

Eso es lo que yo opinaba, y ahora hacía falta comprobarlo.

Tras inhalar todo el aire que me fue posible, me hundí bajo la superficie de las tablas. Aquí no había luz de luna, ni peces de plata, ni rascacielos de Manhattan, ni cuentos. Sólo una cosa negra como la tinta y con sabor a agua podrida. Empecé a tantear, hasta llegar aproximadamente al centro de la plataforma, y entonces encontré algo. Algo blando y a la vez duro, pequeño y a la vez hinchado. Aquel algo estaba sujeto a la parte inferior de las tablas y tenía cabellos. ¡Una cabeza humana!

Como ya empezaba a faltarme el aire, tiré de ella sin contemplaciones y salí. Quizá toda la estructura de tablas se había movido, no lo sé. Pero por si acaso empecé a nadar con todas mis fuerzas hacia la orilla. Oí una maldición y luego un disparo. Pensé en Clarence, que aún me debía algo de dinero. Una lástima morir ahora. Pero la bala no me alcanzó, y el tipo, por lo visto, no se arriesgó a disparar otra vez. Cuando yo trepaba al amarradero, vi que él hacía lo mismo a unas yardas de distancia. No llevaba armas

con que oponerme a su ataque ni me interesaba hacerlo ahora. De modo que envolví aquella cabeza en mi americana, y, sin calzarme siquiera, eché a correr. Entre los callejones se oyeron voces y luego un silbato. Encontré un taxi y lo detuve. El del volante debió creer que yo era un jovenzuelo estúpido y calavera de esos que arruinan a su padre y luego acaban durmiendo en los muelles. Pero me llevó.

Nunca había viajado en taxi con una cabeza humana sobre mis rodillas. Y nunca tuve tan intensa y angustiosa sensación de que alguien me perseguía como aquella noche.

DOMINGO

SABINA EVERSIKATOLERGEN

CAPÍTULO PRIMERO

Los domingos, la gente que trabaja durante toda la semana en Nueva York suele levantarse una hora u hora y media más tarde que de ordinario, rascarse la nuca, y mirarse los pies y pedir a voz en grito el desayuno y la edición extraordinaria del periódico. Eso los que tienen a quien gritar.

Después esa gente sale a pasear, y empieza a hablar mal del tiempo, y a decir que hace diez años el Congreso era una cosa mucho más seria que en la actualidad. A la hora del almuerzo, los que pueden, comen pollo y helados y dan la última ojeada a las páginas cómicas del periódico. Los que no pueden, suelen ponerse de mal humor precisamente porque es domingo.

Yo no hice nada de eso. No me levanté por la sencilla razón de que no me había acostado aún. Es imposible dormir cuando uno ha empleado su propia americana como envoltorio para vina cabeza desgajada del tronco. E imposible pensar en el descanso cuando cree hallarse sobre la pista de algo que sobre proporcionarle innúmeros peligros, le costará al fin perder el empleo. Lo que hice en lugar de acostarme fue:

Primero, ver en un diario cuántos barcos salían al día siguiente para las islas del Pacífico. Pero tuve que abandonar la idea porque todos los pasajes eran demasiado caros.

Segundo, respirar fuerte y tragar saliva.

Tercero, poner al descubierto la cabeza.

Ésta había sufrido de forma muy notable los efectos de la corriente de las aguas y la voracidad de algunos peces. Prácticamente era irreconocible, aunque podía determinarse que había pertenecido a un hombre moreno, de unos cincuenta años. De todos modos, había que hacer un gran esfuerzo de imaginación para

tratar de reconstruir las facciones de aquel hombre. Yo comparé la cabeza con una fotografía de John Reginald Warden y no obtuve el menor resultado. Era imposible decir si una cosa estaba relacionada con otra.

Durante más de una hora estuve analizando detalle por detalle la fotografía y la cabeza humana que tenía ante mis ojos. Esta tarea era realmente ingrata, pero al menos la cabeza no olía demasiado mal. Llegué a la conclusión de que haría falta enviar *aquello* a un laboratorio para ver si allí conseguían sacar algo.



Pero resultaba muy penoso dar cuenta del hallazgo a los del
F. B. I.
Se pondrían a decir que yo les había pisado el asunto y que no era más que un aficionado sin escrúpulos que les hacía la competencia sin pagar contribución. Además Howard sufriría un síncope si llegaba a determinarse que la cabeza pertenecía a Warden, con lo

que la Compañía no tendría más remedio que pagar el seguro. Una cosa así había que hacerla con mucha astucia y por mediación de un amigo, porque de lo contrario sería una fuente inagotable de conflictos. Resolví telefonear por la mañana a Clavert, que estaba considerado en el F. B. I, como una especie de águila.

Dejé la cabeza cubierta por la misma americana y me tendí en el lecho a reflexionar. Así estuve horas y horas, hasta que amaneció. Amaneció un domingo de ésos en que da gusto llevar a los niños a pasear al parque para que se entretengan tirando piedrecitas a los policías. El sol estaba redondo como la cabeza de un mandarín. Una serie de pájaros infelices se extraviaron por aquella calle gris y hostil y se pusieron a piar junto a mi ventana.

No he dicho aún que yo vivía provisionalmente en una pensión, mientras buscaba un departamento donde pudiera escribir con tranquilidad y tener una biblioteca bien cuidada. En esa pensión paraban a veces algunas artistas de variedades que no habían tenido un buen contrato desde 1900, y un par de chicas jóvenes que me habían preguntado ya más de una vez con aire candoroso por qué no organizaba mi vida.

Gloria era la mayor de esas jóvenes. Entraba a veces en mi habitación y empezaba a hablarme con la puerta abierta, esperando que todos acabasen considerándonos como novios. Además era terriblemente celosa.

Pues bien, ese domingo Gloria entró en mi habitación sin llamar. Yo me estaba tomando un calmante para tratar de aliviar el dolor que sentía en la cabeza, en la mía, por supuesto. Eleonora me había atizado de firme y con mala suerte para mí, porque tenía una herida abierta de un par de centímetros. Debería ir al médico para que me aplicase algún punto de sutura.

Gloria entró en la habitación y vio la americana. Lancé una especie de gemido y le imploré con dulzura:

—¡Lárgate de aquí o te tiro el armario a la cabeza!

Ella no se inmutó, y empezó a levantar la americana antes de que yo pudiera evitarlo. Cuando la sujeté por un brazo, ella ya había visto la cabeza.

Creí que gritaría. Al menos ésa era su obligación de muchacha que va al cine tres veces por semana.

Pero no gritó. Se me quedó mirando, e hizo luego algo mucho

más femenino. Fue esto:

—¡A lo mejor esa cabeza pertenecía a una mujer! —gimió—. ¿Tan enamorado estabas de ella, Silver? ¿Hasta tal extremo te soy desagradable que prefieres a una muerta? ¡El día que te conocí debí beberme un frasco entero de perfume barato, a ver si me moría!

Me encogí de hombros y me acerqué al teléfono para pedir comunicación con mi amigo, el agente Clavert.

—Tengo un lío. No te queda más remedio que venir a verme.

—¡Tus líos me tienen sin cuidado! ¡Y si esos lloriqueos de mujer que se oyen los estás imitando tú, ahórrate el trabajo porque no me lo trago!

—¡No seas idiota, Clavert! ¡Ven! ¡Te pagaré todo lo que te debo!

Clavert vino. A la media hora estaba allí.

Miró a Gloria, que no había gritado aún y que me miraba con ojos de mujer que ha soportado ya todos los desengaños. Luego miró la cabeza y se puso blanco.

—¿Qué es eso? ¿Contrabando? ¿O algún artilugio de la propaganda contra los Estados Unidos?

—Voy a ponerte en antecedentes de lo ocurrido, Clavert. El asunto es el mejor del año y vale la pena trabajar en él. Pero tú tendrás que marcharte, Gloria.

—¡Me marcharé! ¡Y no volverás a verme más! Nunca más, ¿me entiendes? ¡Antes casada con un indio que con un hombre que corta las cabezas a sus amantes!

Clavert se quedó con la boca abierta.

—Oye, esa chica es boba.

—Sólo lo parece. No ha mirado la cabeza más allá de dos segundos y puede creer que perteneció a una mujer. Ahora fíjate tú bien en ella. Mira también esta fotografía y dime si al primer golpe de vista no te parece que una cosa tiene algo que ver con la otra.

Clavert se puso serio y empezó a mirar. Estuvo más de cinco minutos mirando y quemándose el pantalón con el cigarrillo que llevaba encendido entre los dedos.

—No lo sé.

—Yo tampoco podría precisarlo. Por eso te he llamado. Tienes que poner en antecedentes a tus jefes y hacer que esta cabeza sea examinada en el laboratorio.

—Bueno, pero ¿a qué diablos viene todo esto? ¿Qué es lo que

quieres? ¿Y de dónde ha salido esa momia?

Le expliqué todo lo ocurrido, desde la entrevista con Howard hasta mi llegada a la habitación. No le oculté nada porque Clavert era un muchacho que sabía hacer buen uso de lo que le decían. Al terminar yo de hablar, él estaba pálido.

—Esto es grave, Silver.

—Y muy urgente. ¡Es preciso que vayáis a esa casa flotante antes de que sea demasiado tarde! ¡Yo os acompañaré!

—No —se opuso—. Tú no acompañarás a nadie. Tienes en la cabeza una herida de muy mal aspecto, y necesitas que te atienda un médico. Te comunicaré lo que haya dentro de una hora, si mis jefes lo permiten.

—Está bien. ¿Te llevas *esto*?

—Creo que es necesario.

—Toma, te lo regalo con envoltorio y todo. No volveré a ponerme esta americana en todos los días de mi vida.

Clavert, recogió el «paquete» y salió. No habría llegado a la calle, cuando entró otra vez Gloria.

—Silver —me dijo de repente, mirándome con ojos de iluminada—, he descubierto la misión de mi vida.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—¡Salvarte! ¡Sacarte de la sima moral en que estás hundido! ¡Sacrificarme toda una vida para hacer de ti otro hombre! ¡Resistir abnegadamente todos tus errores hasta que la verdad de mi corazón triunfe en ti!

Me empezó a doler la nuca.

—¡Casémonos, Silver! ¡Deja que me sacrifique por ti y que cambie enteramente tu vida!

Calculé que podía llegar a la puerta de un solo salto y reuní fuerzas.

—¡Pero, Gloria! ¡Si esa película ya la he visto!

No sé cómo esquivé su zarpazo. Me encontré en la puerta y salí corriendo como si llevara dos meses sin pagar la pensión. Fui directamente al consultorio de un médico que me había visitado ya otras veces, y siempre por lesiones. Se quedó pensativo al verme en mangas de camisa.

—A juzgar por los síntomas no va usted a poder pagarme, señor Kane.

—No se preocupe de eso. Vaya al comedor, termine de desayunar y luego vuelva al consultorio a atenderme. Esta herida ha esperado ya toda la noche.

El médico decidió verme inmediatamente.

—¡Hum! La herida tiene mal aspecto. Se ha infectado, y el lugar es como para tomar precauciones. Voy a hacerle una cura, pero no podrá moverse de aquí en toda la mañana.

¿O prefiere volver otra vez al mediodía?

—Me siento más seguro aquí.

—En tal caso, le daré un somnífero y reposará en esta butaca. No espero a nadie más en toda la mañana. Pero, repito, esto no puede descuidarse.

Me curó y desinfectó la herida, dejando para más adelante el aplicarme la sutura. Tomé el somnífero y me dormí como un tronco. Eran ya las tres de la tarde cuando el médico me despertó.

—Creo que ya ha descansado usted bastante. Y no tiene apenas fiebre. Voy a aplicarle tres puntos y a dejarle en libertad, pero tendrá que volver mañana.

Le dije que sí, aunque mi costumbre era no volver. Por si acaso le pregunté a cuánto ascendía sus honorarios, para enviárselos en un sobre. Luego volví a la pensión, donde comí solo: Gloria se había marchado ya con un marino que, según me dijo el camarero negro encargado del servicio, le había prometido casarse con ella en cuanto le ascendieran a oficial. Y las artistas estaban invitadas a comer por cuenta de un empresario que les debía dinero. Como no se llevasen los cubiertos, no iban a cobrar nada, pensé.

A media tarde me extrañó no haber recibido noticias de Clavert, y empecé a impacientarme. La prudencia me aconsejaba no telefonearle más, y por eso esperé hasta que se hizo de noche. Entonces empecé a sentir como si los nervios me pinchasen dentro de la piel.

Telefoneé.

—¿Saben algo de Clavert?

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

—Clavert tenía un asunto esta mañana, y ese asunto se lo he facilitado yo. Necesito verle, o al menos hablar con él.

—Clavert está herido —me contestó aquella voz—. Le ha dado usted un asunto bueno, angelito. Mañana queremos interrogarle en

su presencia.

—Iré.

La cabeza me daba vueltas. Estaba tan turbado, que ni siquiera acerté a preguntar si la herida de Clavert era grave o no. Tuve que sentarme en un borde del lecho y apoyar la frente en las palmas de mis manos. Así estuve largo rato.

Al día siguiente sabría quién había atacado a Clavert y por qué. Pero ahora no me resignaba a estar quieto.

La idea de los que asesinaron a Warden habría sido, probablemente, ocultar en lugar seguro la cabeza hasta que ésta fuera completamente irreconocible. Sólo mediante la cabeza se podía identificar a Warden. El resto del cuerpo, vestido además con unas ropas que no correspondían a la condición social ni al trabajo del muerto, podía dejarse al azar de la corriente del Hudson. Si la policía llegaba a encontrarlo, poco iba a adelantar con ello.

Pero yo sabía algo más, algo que un policía normal no hubiese sabido al encontrar aquel cuerpo decapitado. Este «algo más» consistía en dos cosas: conocimiento aproximado de las ropas que llevaba el muerto al ser atacado, lo que facilitaba su identificación, y posibilidad de comparar la cabeza con el cuerpo que eventualmente pudiera haber sido hallado.

Cuando se encuentra un cadáver flotando en el río, su lugar inevitable de destino es la Morgue, donde permanece hasta que alguien lo identifica o hasta que el municipio pierde la paciencia. De modo que me cambié de traje y me fui a la Morgue.

No era la primera vez que entraba en aquel siniestro lugar, sí bien no lo había recorrido aún por completo.

La Morgue de Nueva York ocupa un sombrío edificio de ladrillo, de tres pisos, en los terrenos del hospital Bellevue, en la calle 29 y la Primera Avenida. A ésta da una placa negra con letras blancas que componen la siniestra palabra: «Mortuary». Las brisas del cercano río mueven la placa, a veces con mucha intensidad, y al pasar por debajo uno tiene por fuerza que pensar en lo que sucedería si una cosa así le cayera encima de la cabeza.

Yo tengo amigos en todas partes, y naturalmente también tenía un amigo en la Morgue. Era maestro de embalsamadores y olvidaba su profesión bebiendo como un loco.

Entré en el corredor de recepción y pregunté por él. Me dijeron

que había sido necesario dejarlo cesante por borracho.

—Lo substituye una señorita —añadió el que me informaba—. La señorita Sabina Eversikatolersen.

—¿Sabina, qué?

—¡Sabina Eversikatolersen!

Tuve la sensación de que para aprenderse aquel nombre había que poseer algún título de cultura superior. Miré con cierto respeto al empleado que lo pronunciaba tan fácilmente.

—¿Ése es un nombre de persona o el de una especie zoológica?

—Es un nombre de persona.

—¡Ah! ¿Y de modo que una momia con ese nombre ha tenido además el atrevimiento de suplantar a mi buen amigo Loman? ¿Podría ver enseguida a semejante monumento?

—Bueno, ¿y quién es usted?

—Detective de la Compañía de Seguros
Burns & Howard.
Tengo que cerciorarme de la muerte de un determinado individuo antes de pagar el seguro a su viuda.

—Está bien. La llamaré.

El empleado usó un teléfono interior. Habló con aquella Sabina Eversinosécuantos y ésta se dignó decir que podía pasar a su despacho.

Tuve que descender por un elevador contiguo al que se empleaba para bajar los cadáveres. El salón receptor está medio piso más abajo del nivel de la calle y es amplio, en forma de corredor rectangular, con húmedo piso de cemento. Al penetrar en él, se percibe un fuerte olor a desinfectante y se observan en un ángulo varias cajas de madera de pino. De éstas unas están vacías y otras ocupadas a perpetuidad. Pero yo no quise pensar en eso.

A ese salón receptor llegan los cadáveres de los más distintos lugares y en las más variadas condiciones. Normalmente, los cuerpos enviados por prisiones y hospitales, llegan en cajas de madera. Otros en sacos especiales, procedentes de los Precintos de Policías o parques de bomberos. Pero invariablemente todos los cadáveres son colocados sobre hielo instantes después de su llegada. Cuando yo entré, varios empleados silenciosos se dedicaban a esta tarea con movimientos de autómata.

Fui hacia la puerta del fondo del salón, y entonces salió a

recibirme ella.
«Ella»: Sabina Eversikatolersen.
Milagro. Me aprendí su nombre de golpe apenas la vi.

CAPÍTULO II

Lo único malo de ella era llamarse Sabina y tener un apellido como el de Eversikatolersen. Todo lo demás era bueno.

Muy bueno.

Estupendo.

Era alta, morena, pero no con exageración. Diríase que sus cabellos despedían luz. Más abajo de esos cabellos tenía unos ojos cubiertos por doctorales gafas, aunque esto era igual. Sus ojos tenían algo que hacía daño, que penetraba a través de la piel, se disolvía en la sangre, le amargaba a uno. Ver aquellos ojos era como sentirse prisionero y estar rabiando de gozo a la vez. Quizá las mismas gafas contribuían a que realzase más su belleza, no lo sé, pero lo cierto es que sentí como una crispación al hallarme ante aquella mujer. Porque, bueno, los ojos no eran más que la introducción al programa.

Sus labios, que se curvaban un poco burlonamente, eran gordezuelos y tenían la frescura de algo que acabase de nacer. Parecía como si hubiesen recibido el rocío de la noche, como si fueran pétalos que de un momento a otro iban a deshojarse. Y al verlos, uno sentía prisa por aprovechar la ganga, la verdad.

Añádase a esto un cuerpo donde había de todo y un veinte por ciento más en concepto de vida cara, y se comprenderá que yo me quedase más blanco que los cadáveres de la sala.

La mujer se acercó a mí. Y si parada resultaba impresionante, en movimiento se superaba cien veces a sí misma. Había la misma diferencia que entre una fotografía y una película entera en cinerama. Si en aquel momento me hubiesen metido a mí en una de las cajas de pino, ni me habría dado cuenta.

—¿Representa usted a la Compañía

Burns & Howard?
—me preguntó muy seria.

—Sí… No… Es decir, la represento, pero en estos instantes vengo por un asunto ligeramente distinto. Yo soy amigo de Loman.

—¡Ah, ese borracho!

De improviso, me pareció que la mujer tenía razón y que sí, en efecto: Loman no era más que un borracho.

—Debemos disculparle. El pobre tiene una profesión tan desagradable que por fuerza necesita olvidarla de un modo u otro.

—¡También yo tengo esa profesión y no bebo! —declaró, solemnemente, Sabina—. Una profesión digna, científica, honrada y sufrida como pocas. Sepa usted que…

No la dejé terminar.

—¿Así que usted es embalsamador?

—Exacto. Doctora Sabina Eversi…

—No, no hace falta. Si sigue usted pronunciando su nombre podría sorprendernos la hora de cerrar. ¿Y qué necesito hacer yo para que usted me embalsame?

La mujer se enfadó. Y en esto adiviné que seguía siendo femenina.

—¡Un jovenzuelo como usted, cuyos tejidos aún están blandos y cuyos huesos son aún cartilaginosos! ¡Un tipo cuyo coeficiente mental, comprobado mediante *test*, debe ser un 0,15 por ciento inferior al de la normalidad! ¿Cómo se atreve a gastar bromas en un lugar tan serio?

—De acuerdo con que el lugar lo es. Pero… Bien, me he llevado una sorpresa al verla, eso es todo. Le ruego que me disculpe. ¿Puedo exponerle con calma lo que me trae aquí? En sus labios volvió a florecer una sonrisa suavemente burlona.

—Le llevaré a mi despacho. Y de paso le iré mostrando las distintas secciones del edificio. Suelen traer aquí a los vagos cuando mueren, de modo que no le estará de más conocer el camino.

No objeté nada, y la dejé pasar adelante. Otra vez, al ver cómo caminaba, se me formó un nudo en la garganta y perdí la noción del lugar y del tiempo. —Esto que acaba de ver es el «salón de recepción»— dijo—. Se reciben cadáveres de las más variadas procedencias, pero si un cuerpo llega dentro de su caja, con instrucciones de ser entregado a alguna agencia funeraria, la caja se

deposita rápidamente en un refrigerador, hasta que se practican las diligencias y llega el momento de su partida.

Yo ya sabía aquello, pero no se lo dije porque me gustaba oírla hablar.

Detrás del salón receptor se encontraba un cuarto más pequeño con algunas «mesas de trabajo», sobre las que los funerarios trabajaban silenciosamente.

—La actividad es continua en el necrocomio —manifestó ella—. La estancia promedio de los cadáveres en el depósito es de diez días aproximadamente. Tenga en cuenta que recibimos anualmente alrededor de 18 000 cuerpos que deben ser almacenados, identificados y examinados y a los que finalmente se debe dar sepultura. En cada compartimiento de nuestras enormes moles de refrigeradores se esconde una tragedia personal que debe ser numerada, anotada y clasificada en nuestros libros.

Pasó junto a los funerarios. Noté que éstos se olvidaban inmediatamente de los muertos para mirarla a ella.

—Aquí se toman las huellas digitales y fotografías de las personas muertas —me explicó—. También suelen verificarse autopsias. Se registran las ropas de los cadáveres y se llevan a cabo los trámites para la inhumación.

No dedicó más atención a aquella sección, donde los funerarios seguían cada uno de sus movimientos. Cuando salimos, tuve la sensación de que se quedaban más alicaídos que los fúnebres ocupantes de las mesas.

Lo que Sabina me enseñó a continuación fue el refrigerador. Aquello era una mole impresionante, y uno pensaba al verla que casi podía resolver el problema de la vivienda en una pequeña ciudad. Tenía compartimientos individuales para 290 cuerpos de personas adultas, en grandes cajones que se abrían y cerraban silenciosamente.

Más al fondo del edificio se encontraba la escuela de embalsamamiento, es decir, la sección donde aquella mujer ejercía sus actividades profesionales. Loman era profesor, y por el silencio que se hizo al entrar Sabina, deduje que ella le había substituido en todas sus funciones.

—Hay cuatro escuelas privadas de embalsamamiento en Nueva York, como usted tal vez sepa —dijo, volviéndose hacia mí—. Los alumnos practican aquí este noble arte, relacionado con las más antiguas religiones, aprendiendo en los cadáveres que les facilita el necrocomio. Tratan de dar a los rostros un aspecto tranquilo y sereno y de borrar lo mejor posible la trágica huella de la muerte. Puede ahora venir a mi despacho. Está al fondo.

Entramos en él y se sentó en un butacón frente a mi, con las piernas cruzadas Empecé a marearme.

—¿Qué hay más arriba? —pregunté, en un intento desesperado por desviar mis pensamientos.

—¿Arriba? Lo más notable es el llamado «cuarto de las lágrimas». Allí, los familiares o amigos de la persona muerta pasan por el mal trago de tener que identificarla. Está pintado de un color entre gris y amarillo y se ha procurado darle un aspecto de oficina que no sugiera ningún pensamiento lúgubre. Unas potentes luces iluminan el escenario desde el techo y no se ve en el local una sola silla.

—Muy interesante, muy interesante…

Ella no adivinó por qué lo decía.

—No debe haber equivocación alguna en la identificación de los cadáveres. A este objeto se toman extraordinarias precauciones, y antes de mostrar el cuerpo del difunto a los familiares o amigos, el personal del necrocomio les hace una seria de preguntas. Desde luego, las deformidades, marcas y tatuajes son tenidas muy en cuenta. En el segundo piso está la sala general de autopsias, donde pueden practicarse más de una docena al mismo tiempo. Las oficinas están también allí. Y ahora, satisfecha, su curiosidad, ¿puedo saber en concreto a qué ha venido, señor…?

Le tendí una tarjeta.

—¡Hum! —murmuró pensativamente, tras leerla—. Creo que este nombre me recuerda algo, aunque no puedo precisar… ¡Ah, sí! Una novela. Yo he leído una novela suya, aunque parezca mentira. Fue a consecuencia de una apuesta.

Me entristeció saber que una muchacha así había necesitado apostar algo para tragarse entero uno de mis libros. Pero aún me quedé más aplastado cuando ella añadió:

—Naturalmente, la perdí. No pude terminarla y pagué cinco

dólares. Lástima, porque recuerdo que estaba impresa en papel bastante bueno.

Debió ver que me había quedado como si acabasen de pasarme por una laminadora. Y eso excitó su compasión o quién sabe si su instinto maternal.

—Siento haberle entristecido, señor. Es de suponer que no todo el público tendrá los mismos gustos.

Y ahora que hemos entrado en materia, ¿qué busca usted aquí?

Lo dije sin rodeos:

—Busco un cadáver sin cabeza.

No se sorprendió, y puso la misma cara que la modista a quien le piden un ovillo de hilo.

—¿Es un cadáver fresco?

—¿Un qué?

—¡Un cadáver fresco! ¡Un cadáver reciente! ¿O es que no se ha enterado usted hasta hoy de que la gente se muere?

Le dije que no, que eso lo sabía desde que tuve la primera novia. Y a continuación añadí que el cadáver que yo buscaba debía haber sido encontrado en el Hudson aproximadamente un año antes.

—¡Hum! Eso es mucho tiempo.

—Pero los conservarán, si no han sido identificados…

—Normalmente, sí. Veamos. Déjeme recordar. Sí, hay tres cadáveres en esas condiciones. Y los tres fueron sacados del río.

—¿Podría verlos?

—No hay inconveniente. Acompáñeme.

Volvimos al gigantesco refrigerador. Sabina examinó un fichero y luego se dirigió sin vacilar a uno de los empleados.

—El 223, por favor.

—Sin favor. Yo por usted hago cualquier cosa, incluso quedarme ahí dentro a vivir.

El hombre era de origen español, no hacía falta meditarlo mucho.

Abrió uno de los cajones, y en su interior apareció un cadáver. No un cadáver como los otros, sino un poco más lúgubre. No tenía cabeza.

—Está desnudo —musité.

—Claro. Es como mejor se conservan. Pero las vestiduras se hallan catalogadas en una sección aparte, y podemos verlas cuando

nos plazca. Aquí, en la ficha, dice en qué consistían: camisa negra de mecánico y pantalones azules.

Hizo una seña al empleado y éste abrió el cajón que ella le señalaba. Apareció un segundo cadáver, también decapitado, y el cual llevaba un mono azul en el momento de ingresar allí. El tercero, muy semejante a los dos anteriores, había entrado vestido con ropas de pana. En total, para ser domingo y no haber hecho vacaciones aquel año, yo lo estaba pasando la mar de bien.

—¿Identifica usted a alguno? —me preguntó Sabina—. Nos haría un favor.

—Es posible que consiga algo, pero antes necesito traer aquí la cabeza. Deje que llame a mi amigo Clavert para decirle que envíe aquí a alguien con ella.

—Muy bien. Tiene teléfono en mi despacho.

Fuimos allí y llamé. Se puso el mismo. Clavert al aparato, después de un largo rato. Me explicó enseguida el porqué de la tardanza.

—Han tenido que traerme el teléfono a la cama, Silver. Estoy hecho polvo. Cometí la imprudencia de ir solo a aquella casa flotante del río llevando la cabeza conmigo. No había nadie. Pero debían estar espiándome, porque al verme entrar solo alguien disparó contra mí. Hice fuego yo también y acabaron dándome. Eran dos, y mientras me desangraba, consiguieron apoderarse de la cabeza. Total, un fracaso.

Colgué. Creo que ni siquiera le pregunté por la gravedad de sus heridas. Ahora sí que la solución del misterio se me había ido de las manos para siempre.

Lunes

Silvia Roberts

CAPÍTULO PRIMERO

Todos los domingos por la noche, Howard dormía mal.

Soñaba que le iba persiguiendo un perro. El perro tenía su misma cara. Y de improviso, le alcanzaba y empezaba a morderle. Todos los lunes por la mañana empezaba a dar la lata a la gente para que le interpretase ese sueño, pero nadie se atrevía a decirle la verdad.

Eleonora me sonrió al verme entrar, interrogándome con la mirada.

—Un desastre.

—Pero ¿has conseguido algo?

—He conseguido saber que el lío es de los más gordos. Y en cuanto Burns y Howard se enteren de lo que ocurre, la cosa va a ser muchísimo peor.

Burns, el socio capitalista, casi siempre se encontraba de viaje, pero esa mañana estaba en la oficina. Me recibió en unión de Howard.

—¡Querido amigo! —Y empezó a palmearme la espalda nada más entrar—. Ya sé, ya sé que usted está trabajando para ahorrar a la Compañía una bonita suma de dólares.

—Me temo, señor, que esos dólares haya que pagarlos. John Reginald Warden no fue raptado ni huyó a la Unión Soviética.

—¿Cómo? ¡Pero eso es inconcebible! Todos los hombres que están relacionados con los secretos atómicos sienten alguna vez tentaciones de huir, eso dicen los periódicos. ¡Denunciaremos la cuestión al Comité de Seguridad si es que Warden se encuentra aún en los Estados Unidos!

—¡Por parte de los rusos, eso significaría una informalidad!

Todo aquello no me hizo gracia. Ni Burns ni Howard habían

visto aquellos cadáveres. No habían tenido en sus manos la cabeza ni sentido junto a su cuerpo el silbido de las balas. No eran amigos de Clavert.

—John Reginald fue asesinado. Tengo pruebas concretas de ello.

—A ver, muéstrelas —dijo Howard, poniéndose encarnado—. Y si cree que le pagaremos para eso, señor, puede empezar a buscarse otro empleo.

Les expuse lo ocurrido, sin omitir detalle. Al final del relato tanto Howard como Burns estaban intensamente pálidos.

—¿El F. B. I, ha tomado cartas en el asunto?

—Una vez herido Clavert, me temo que sí.

—Pues no nos interesa.

—Debemos aceptar las cosas tal cual son. Muerto Reginald Warden, el problema de espionaje se plantea con toda su crudeza, y es natural que los organismos oficiales intervengan. Todo lo que el
C. I. A.
ha hecho hasta ahora por averiguar el paradero de Warden es tiempo perdido. No lo encontrarán en el extranjero ni en ninguna otra parte donde haya hombres vivos. Warden está aquí, en Nueva York, metido en uno de los tres cajones que yo ayer estuve viendo.

Burns me ofreció un cigarrillo. Lo hizo taimadamente, porque sabía que yo no fumo.

—¿Conocen en el
F. B. I.
todos esos detalles?

—Hasta ahora no los he comunicado a nadie más. Pero estoy seguro de que hoy mismo vendrán a interrogarme.

—Conviene hablar con la viuda de Warden —indicó Howard.

—¿Para qué?

—Si su marido tenía alguna particularidad física, sabrá encontrarla en esos cadáveres.

—Es buena idea. Creo que la viuda de Warden estuvo ya en el necrocomio, pero no identificó a nadie. La razón de que esto fuera así, es sencilla. A nadie se le ocurrió mostrarle cadáveres vestidos con ropas de obreros. Su esposo había sido un hombre distinguido, y de ahí partió el error. Iré a verla enseguida. ¿Quién puede facilitarme su dirección?

—Eleonora.

Burns dijo «Eleonora» con voz melosa. Tuve ganas de partirle la cara.

—Está bien. Volveré a darles noticias en cuanto sepa algo concreto.

Salí y pedí a Eleonora la dirección actual de la viuda de Reginald Warden. Ella me la dio poniendo los labios en forma de piñón.

—¿Conque la dirección de otra mujer, eh, angelito?

—Di mejor la dirección de un loro. ¿Qué edad exacta tenía Warden?

—Cincuenta años, si no recuerdo mal.

—Su cariñito habrá cumplido entonces los cuarenta y cinco, y eso si se casó joven. Puedes ahorrarte los celos, nena.

—Nunca he sentido celos de un hombre. ¡Ni aunque tuvieras los ojos de pez como James Stewart, ni aunque tuvieras los cabellos blancos como James Mason, ni aunque fueses tan feo como José Ferrer, sentiría celos de ti!

Nunca he comprendido muy bien qué es lo que les gusta a las mujeres, pero a partir de aquel momento lo comprendí mucho menos todavía. Salí de allí y fui a la dirección que me habían indicado: La de una tranquila calle residencial del extremo de Long Island.

En esa calle había una casa marcada con el número 23, y en esa casa un jardín con un limonero y regando el limonero una criada negra.

—Quisiera ver a la señora Warden —le indiqué con una sonrisa parecida a la que suele emplear un vendedor a domicilio de mi barrio, y que siempre me ha dado pena—. ¿Está en casa ahora?

—Está. Pero no sé si podrá recibirle.

—Dígale, por favor, que represento a la Compañía Burns y Howard.

—¡Ah, ya sé! Esos chupasangres. La señora siempre está hablando mal de ellos.

Me invitó a pasar y me encerró en un saloncito lleno a rebosar de antigüedades. Si todas las había ido comprando con los años la dueña de la casa, debía ser ya tan vieja como la Constitución de los Estados Unidos.

No tuve que esperar mucho. Cinco minutos después de ser

introducido en aquel salón, se abrió la puerta de éste y entró la viuda de John Reginald Warden.

Estaba de pie. Me senté de golpe.

Noté que temblaban mis manos y sentí unos extraños deseos de reír, porque pensé que todo aquello debía ser una broma.

La viuda de John Reginald Warden no tendría más allá de veinticinco años. Si es que era la viuda. Porque también podía ser la hija.

—Quisiera hablar con *Mistress* Silvia Robert —musité.

—Soy yo misma. Y me agrada que haya empleado mi apellido de soltera.

Se sentó frente a mí, en la otra butaca, y lo hizo con cierto descuido. Pensé que desde unas horas antes no me sucedían más que cosas tristes, porque me había hartado de ver señoras estupendas y de tener que tratarlas a distancia. Sólo con Eleonora me había atrevido y aún llevaba en la cabeza las huellas de su zapato.

—Es muy penoso cuanto tengo que decir —comencé con cara de circunstancias—, y espero de su comprensión que me escuchará hasta el fin.

—Le estoy escuchando ya. Diga.

—Trataré de exponerlo todo con la máxima pulcritud, discreción y delicadeza para no ofenderla —susurré. Y solté de repente—: Oiga, es usted más joven que un pollito recién nacido. ¿Cómo se explica que un monumento así estuviera casada con un cincuentón como Warden?

No se ofendió.

—Mi difunto esposo tenía atractivos que estaban por encima de la simple apariencia física. Me sentí extraordinariamente atraída por él y nos casamos cuando yo tenía veintiún años. Pero nuestra vida matrimonial fue muy breve.

Estuve a punto de preguntarle si pensaba volverse a casar, pero me callé.

—Desde el primer momento ha sostenido usted, señora, que su esposo había muerto. La Compañía aseguradora discrepaba de esta opinión por entender que de un hombre tan versado en cuestiones atómicas como *Mr*. Warden podía esperarse una fuga a país extranjero o un rapto por parte de espías de cualquiera nación.

Desgraciadamente, parece que los acontecimientos dan la razón a la teoría que usted sustentó.

Noté que apretaba los labios y que sus ojos se empequeñecían un poco, pero ésa fue toda la reacción que mis palabras le produjeron.

—Continúe —musitó.

—Creo haber descubierto indicios muy claros de que su esposo murió asesinado en esta misma ciudad. Su cadáver todavía se conserva en la Morgue, si no estoy muy equivocado en mis suposiciones. No es para mí ningún placer decirle todo esto, pero creo que, después de un año de la desaparición, ha llegado el momento de aclarar bien las cosas.

Apretó un poco más los labios. Y entonces me di cuenta, por su mirada, de que era una mujer temible.

—Su relato es muy interesante. Prosiga.

Yo he creído siempre que ocultar innecesariamente la verdad no trae más que complicaciones, y como aquella mujer debía ayudarme a identificar el cadáver, de poco iba a servir mentirla. De modo que le expuse paso a paso mis aventuras del sábado y mis pesquisas del domingo, haciéndole un resumen exacto de la situación en aquellos momentos. Vi que palidecía un poco cuando le conté lo de la cabeza, pero se rehízo enseguida y demostró en general mucha más energía de la que cabía esperar de una mujer.

Pensé que o era muy valiente, o la memoria de su marido le importaba diez centavos.

—Le ayudará en la identificación —prometió—. Esta misma tarde iremos a la Morgue.

—Antes tendrá que hablarme un poco de las actividades de su esposo. Hasta ahora hemos dado un gran paso, al descubrir que hubo crimen. Pero ahora queda lo más difícil, que es capturar al criminal. Para ello cuento con su ayuda.

Se levantó y caminó hacia el fondo de la pieza. Me fijé en dos cosas: En que se movía endiabladamente bien y en que no llevaba apenas más que unos pocos detalles de luto.

Se acercó luego con una cajita de madera labrada y me ofreció un cigarrillo. Lo rehusé.

—No fumo nunca, gracias.

Ella se puso uno entre los labios, no obstante, y encendió con un gran encendedor de plata que estaba al alcance de su mano en una

mesita contigua. Bastó que lanzara una bocanada y me mirara a través del humo para que yo me diera cuenta de que con aquella mujer era muy difícil dominar la situación.

—Pregunte.

—Ya sé que ha tenido que soportar usted muchos interrogatorios durante este año y que debe estar un poco aburrida. Pero es necesario que comencemos desde el_ .principio. ¿Cuál era exactamente el cargo de su esposo?

Lanzó otra bocanada de humo.

—Algo así como correo diplomático. Hay unos individuos dependientes de las Embajadas que transportan importantes documentos de un país a otro y que antes que perder uno de ellos deben perder la vida. Pues bien, esos individuos son como simples muñequitos de papel si se compara su misión con la que realizaba el honorable John Reginald Warden. El transportaba secretos atómicos de los Estados Unidos a Inglaterra y viceversa, en virtud de los acuerdos de intercambio de información que existen entre los dos países.

—Por consiguiente, hay que suponer que si su esposo, en vez de regresar a los Estados Unidos, se marchaba por ejemplo a la Unión Soviética, sería allí espléndidamente recibido y obtendría importantes ventajas materiales, ¿no es cierto? Supongo que eso es lo que hizo creer a todos en la posibilidad de una fuga o un rapto.

—Sin duda. La presunción es muy lógica. Por eso no me enfadé cuando los del
C. I. A.
me la expusieron en plena cara. Sin embargo, conocía lo bastante bien a John para saber que él no era capaz de una cosa así. El dinero era lo que menos le importaba en este mundo. Su desinterés llegaba a extremos verdaderamente lamentables, teniendo en cuenta que era ya un hombre casado y con la obligación de atender al sostenimiento de un hogar. No, verdaderamente John no era capaz de vender un secreto de esa índole, ni tampoco de regalarlo, porque amaba a nuestro país.

Por eso sostuve desde el primer momento la idea de que había muerto asesinado.

Lanzó al aire una nueva bocanada de humo y descruzó las piernas. Sonrió al darse cuenta de que su belleza me había

impresionado, de que yo estaba ahora pendiente de sus palabras y de sus gestos como un aldeano a quien invitasen a bailar con Sophia Loren. En su fuero interno, y a pesar de cuanto yo le había explicado sobre mis últimas actividades, debía considerarme un aprendiz a quien una discretísima exhibición de sus Dupont 51 dejaba ya sin nada en la cabeza. Me sonrió.

—La información sobre secretos atómicos, ¿se entregaba completa a su difunto esposa? —pregunté.

—No estoy muy enterada de cómo era su sistema de trabajo. Supongo que manejaba cosas demasiado delicadas para ser puestas en manos de un solo hombre. Y así yo siempre he supuesto que la mitad de una fórmula se entregaba a él y la mitad a otra persona. O bien que entre la entrega de dos fórmulas que se complementaban mediaba un importante lapso de tiempo. Todo esto son cosas que yo imagino, porque él no hablaba jamás de sus actividades. Pero ciertos detalles confirmaban mis pensamientos. Por ejemplo, solía decirme: «Estoy ocupado con un asunto al que llamamos A.». O bien: «Se ha dado el nombre de "fase escorpión" a unas actividades a que nos dedicaremos ahora». Y al cabo de tres meses me decía: «Volvemos a estar ocupados con la "fase escorpión". ¿Cree que ello sería posible si las operaciones no se hubiesen ido realizando por partes? Pero en concreto no sé nada más, porque eso es cuanto decía».

La mujer era explícita. Más, mucho más de lo que yo había imaginado. Parecía arder en deseos de facilitar mi labor como si, a pesar de todo, hubiese depositado en mí más confianza que en todos los jerifaltes de la
C. I. A.
y el
F. B. I.,
que sin duda la habían visitado antes. Y sus palabras aclaraban una importante cuestión, que era la siguiente: John Reginald Warden pudo haber muerto mientras realizaba un trabajo que no había sido terminado aún. Los hombres que lo mataron podían estar al acecho de una nueva presa.

—Gracias —dije, levantándome—. Creo que esto es todo cuanto quería saber.

Alzó el rostro; mirándome desde la butaca, sin moverse. Y yo

sentí como si aquellos ojos atravesaran mi piel.

—Es usted muy joven —musitó.

—Está usted diciendo eso porque acabo de cometer alguna torpeza.

—Sólo una —sonrió ella, poniéndose en pie también—. La de marcharse demasiado pronto. Estoy acostumbrada a que los hombres aprovechen hasta el fin los minutos cuando se hallan en mi compañía, y a que no se vayan hasta que los echo. Usted, en cambio, me tiene miedo.

Había acertado. Era tan hermosa que a su lado no me sentía bien. Era como una de esas bebidas de las que sólo se puede tomar un único sorbo, porque de lo contrario penetran en la cabeza, se apoderan de ella y acaban por enloquecerle a uno. Sí, tenía tanto miedo a aquella mujer, que de saber que estábamos solos en la casa, me hubiese puesto a temblar. Cualquier lector puede entenderme.

—La Compañía no tendrá más remedio que pagarle el importe del seguro —declaré—. Francamente, me habían encargado que descubriese todo lo contrario, pero mis investigaciones me han llevado a los resultados que usted ya conoce. Me temo que esto pueda afectar decisivamente mi porvenir dentro de la Compañía.

—Si algo desagradable le ocurre, venga a verme —sonrió ella, acercándose un poco—. Tengo muchas influencias.

Era de esperar. Silvia era una de esas mujeres que piden la Embajada en Tokio y la consiguen. No debía haber en Washington ni en Nueva York despacho que estuviese cerrado para ella.

—Gracias. Espero no necesitarla.

—Tú te lo pierdes.

Me acompañó hasta la puerta sin llamar a la criada negra. Ésta seguía fuera regando el limonero. De poder hablar, el pobre árbol estaría pidiendo ya a gritos un salvavidas.

—La Compañía no accederá a pagar hasta después del viernes a las cero horas, según creo —me dijo Silvia, al abrir la puerta—. La prórroga del seguro llega hasta ese día y esa hora.

—Hasta el viernes a las cero y un minuto, exactamente —respondió—. Pero tienes ya los cien mil dólares en el bolsillo, porque lo que hemos descubierto es muy tajante. Sólo hará falta que esta tarde identifiques uno de los tres cadáveres que te serán mostrados.

Claro que podemos dejarlo para mañana, si te sientes demasiado impresionada. Arrojó el cigarrillo al jardín, despreocupadamente.

—¿Tú crees?…

Y cerró suavemente la puerta ante mí, mientras me enseñaba cuatro dedos de su mano derecha. Aquélla era la hora de nuestra cita.

CAPÍTULO II

A continuación me fui al hospital donde se hallaba encadenado mi pobre amigo Clavert.

Lo encontré en cama, con el rostro muy pálido y las encías casi completamente blancas. Sin duda había perdido mucha sangre. Pero estaba animoso, a pesar de todo, y me tendió la mano apenas me vio entrar.

—Debes perdonarme, Clavert —fue lo primero que le dije—. Sin querer te he metido en un verdadero lío.

—El que está metido en un verdadero lío eres tú. Los de la sección quieren interrogarte, y no quedarás libre hasta que te hayan sacado la fecha de nacimiento de tu primera ama de cría.

—Háblame de tus heridas —le supliqué—. Y cuéntame luego cómo fue todo.

Clavert se encogió de hombros e hizo con los dos brazos un movimiento comprensivo y amplio.

—Aquella casucha flotante de los muelles pude encontrarla sin dificultad. Era de suponer que el pájaro habría emprendido ya el vuelo, por lo que juzgué que la misión se reducía a un simple registro sin peligro alguno. Fui con la cabeza bajo el brazo y entré. En el interior habían quemado todo cuanto pudiera constituir una pista, incluso los periódicos atrasados. Iba a marcharme cuando alguien disparó sobre mí. No había tenido en cuenta la posibilidad de que estuvieran espiándome desde fuera, habiéndose decidido a entrar al ver que yo iba solo. Fui cazado por sorpresa y me dieron bien, entre dos costillas. Perdí el conocimiento y, al recobrarlo, vi que estaba rodeado de gente. El, que me hirió pudo haberme rematado fácilmente, pero se limitó a llevarse la cabeza. —Bajó los párpados, con expresión de pesadumbre—. Creo que he hecho el

novato, porque ésa era la única pieza, de que disponíamos para identificar a Warden.

—No debes preocuparte por eso, Clavert. Tengo ya en mis manos otro medio de identificación. Pero ¿viste cómo era el tipo que te atacaba?

Se le notaba enormemente fatigado, pero me respondió sin vacilar.

—Tengo la sensación de que eran dos. El que vi claramente vestía un traje oscuro, de buena tela, y aparentaba unos treinta y cinco años. No sé si era rubio o moreno, porque llevaba sombrero. La bala que me han extraído fue disparada por una «Luger».

Fui tomando nota mental de todos los datos que Clavert me suministraba. Luego ya los reseñaría en una cuartilla y trataría de hacerme un resumen de la situación. Pregunté:

—¿Has averiguado el nombre del propietario de la casa?

—Sí. Fue lo primero que hice. Pertenece a un marino llamado Wilson, quien posee una licencia temporal y habita la casa por sí mismo. Mis compañeros han obtenido una fotografía suya. Mírala.

La fotografía estaba sobre la mesilla de noche. La examiné, y vi que el tipo reproducido en ella era el mismo con quien yo había estado hablando el sábado por la noche, y el mismo que había disparado contra mí en cuanto me vio correr con la cabeza. Ése era, entonces el tipo llamado Wilson.

—¿Sabéis ya qué amistades tenía? ¿Con quién se relacionaba?

—Mis compañeros están tratando de averiguar eso ahora. Pero los primeros resultados obtenidos indican tan sólo que ese tal Wilson es un individuo antisocial, que estuvo ya dos veces en la cárcel por pequeños hurtos, y a quien los otros habitantes del río hacían boicot. No se ha sabido de nadie que fuera su amigo.

Me levanté, tratando de sonreír, y puse una mano sobre el hombro derecho de Clavert.

—Te estoy fatigando mucho. Volveré a verte mañana, por si me necesitas.

—Los del departamento no te dejarán. Tienen contigo varias horas de trabajo. Si quieres un consejo, mejor será que te olvides de todo esto, vayas a ver a Clarence para que te de un anticipo y te largues dos días al campo a ver cómo las gallinas ponen huevos.

—Es posible que tengas razón. Y ahora, adiós, Clavert. No tengo

el menor interés en que tus compañeros me cacen demasiado pronto.

Le estreché la mano y salí de la habitación. Hubiera dicho que la última mirada que Clavert me dirigió reflejaba una preocupación invencible.

La habitación en que se encontraba Clavert no estaba vigilada, pues no se temía que el agente pudiera sufrir un atentado. Pero únicamente se permitía entrar a aquellas personas a las que él mismo autorizaba.

Nadie, por consiguiente, me impidió salir del hospital. En la puerta encontré a un cirujano llamado Maxwell, a quien yo debía quince dólares. Le abordé.

—¿Has sido tú quien ha extraído la bala a Clavert?

—Si te refieres a ese gorila del
F. B. I.,
no se la extraje yo. Pero estaba delante cuando lo hicieron.

—¿Era grave la herida?

—No. Puro aparato. Mucha sangre y nada. Ese Clavert ha tenido suerte por esta vez.

—¿Podrá salir pronto?

—Eso no es fácil, porque ha perdido mucha sangre y está débil. Pero, desde luego, no corre el menor peligro.

Aquellas palabras me alentaron mucho. Hasta ese momento me perdonaba difícilmente el que Clavert se hubiese visto metido por mi causa en un lío semejante. Tanto me aliviaron aquellas palabras que pensé que bien valían quince dólares, y saldé mi deuda.

Como no tenía tiempo que perder y no quería enfrentarme a los del
F. B. I.,
para sufrir un interrogatorio que probablemente no terminaría nunca, comí en un automático donde no había estado jamás y donde no me conocía nadie. Y me dispuse a hacer un resumen de la situación en espera de que sonasen las cuatro.

Lo primero que se me aparecía como evidente era que, antes de morir, Warden advirtió con mucha claridad el peligro que corría. Siendo portador de un secreto atómico ante cuya importancia no era nada la vida de un hombre, había sido acorralado en aquel sector de Nueva York que yo recorrí dos noches antes y asesinado

finalmente junto al río. Sus asesinos lo decapitaren en el interior de una casa flotante y ataron la cabeza bajo ésta para que al cabo de un tiempo no se reconociese. El resto del cuerpo, vestido con unas ropas tan extrañas para Warden, podía dejarse al azar de las aguas del Hudson, en la seguridad de que nadie sabría identificar los restos. Éstos eran los hechos. Pero por encima de ellos estaba la conducta desconcertante de Warden durante los últimos minutos de su vida.

En efecto, Nueva York no era para él territorio enemigo. ¿Por qué trató de disfrazarse? ¿Tan importante era el número de sus adversarios y tan decididos se mostraban? Y sobre todo, ¿por qué no dirigió aquel sobre al
F. B. I.,
en lugar de hacerlo a Lista de Correos?

Esto me sorprendió. Me había sorprendido desde el momento en que tuve aquel sobre en mis manos. Por otra parte, era lógico pensar que si había tenido tiempo para salvar el resguardo del depósito de sus ropas, lo tuvo también para salvar el secreto atómico o la fórmula de que era portador. Tuve la sensación de que éste era un misterio que no comprendería nunca.

Tomé un ómnibus y luego fui a pie, reflexionando, hacia la casa de la viuda de Warden. Tales reflexiones no me aclararon gran cosa. Tal vez Warden había logrado remitir la fórmula, efectivamente, al
F. B. I.,
o quizá la había destruido. Pero tales suposiciones llevaban ya el sello de lo improbable en el momento mismo de nacer.

Un suave sendero enarenado conducía a la casa. A su final se hallaba la puerta. Y ésta se abrió, y Silvia Roberts apareció en el umbral, antes de que yo terminara de recorrerlo.

Como no me gusta madrugar, he visto salir el sol muy pocas veces. Tampoco suelo admirar la belleza de su ocaso porque a esa hora acostumbro a hallarme trabajando en
«Burns & Howard».
Pero, bueno, ahora resultó que estaba recuperando el tiempo perdido.

Silvia era como ver muchos amaneceres gloriosos después de noches de tormenta. Como llegar a un sereno atardecer después de un agobiante día de sol.

Silvia era una mujer como para ir a visitarla todos los días aunque ejerciera la profesión de dentista y aunque no haya más que treinta y dos piezas en una boca.

Se acercó a mí y me sonrió.

—Te estaba esperando. Y te he visto llegar desde la ventana del *living.*

—Y yo también te estaba esperando. Porque uno se pasa la vida aguardando a que aparezca una mujer como tú.

Sonrió otra vez y dejó que la tomara del brazo. Se había puesto un vestido de seda que se ceñía deliciosamente a su figura, y se había puesto, además, unos zapatos de tacón tan alto y tan frágil que parecía imposible pudiera sostenerse sobre ellos una mujer, y se había puesto sobre el vestido un broche que se movía con su respiración, y… En fin, no valía la pena seguir pensando en lo hermosa que estaba Silvia esa tarde. El llevarla a un sitio tan siniestro como la «Morgue» casi era una impiedad.

—¿Has averiguado algo durante estas horas?

—Sólo que estoy hundido en tinieblas. ¿Por qué crees que Warden…? ¡Hum! ¿Por qué crees que tu difunto esposo remitió aquel sobre a Lista de Correos, en lugar de, por ejemplo, remitírtelo a ti?

Silvia vaciló visiblemente, mordiéndose los labios. Y fue entonces cuando este terrible pensamiento vino a mi cerebro: ¿Y si Warden no se fiaba de su esposa? ¿Y si él sabía poco antes de morir *que no era prudente remitirle a ella un secreto de tanta importancia*?

Se debió notar ese pensamiento en mi cara. Silvia me miró.

—Tomemos un taxi.

Detuvimos uno y le di la dirección de la «Morgue». El taxista se encogió de hombros, como pensando que este mundo está lleno de tipos idiotas.

—Te he dicho antes que John no me daba nunca cuenta de sus actos. Me es imposible saber por qué hizo una cosa así, aparentemente tan absurda, pero de lo que no hay duda es de que tendría una importante razón.

Eso era lo mismo que yo estaba pensando, pero en otro sentido. De repente me pareció que hacía una tarde repulsiva, que el mundo entero era una crueldad, y que el taxímetro marcaba el doble de lo que debería estar marcando.

Silvia encendió nerviosamente otro cigarrillo. Me di cuenta de que eran de una marca que no se vendía en los Estados Unidos. O al menos yo no la conocía.

—Es tabaco turco —dijo, dándose cuenta de la dirección de mi mirada—. Un amigo solía enviárselo a John de tarde en tarde, y yo continúo recibiéndolo.

No hice ningún comentario porque llegábamos a la «Morgue». La placa con el siniestro «Mortuary» se movía ahora intensamente y hacía
«clas-clas»
sobre las cabezas de los transeúntes. Una brisa fresca llegaba del río y movía los cabellos de un tipo ventrudo que estaba dirigiendo la maniobra de una furgoneta para que entrara en el salón receptor.

El tipo ventrudo dejó de hacer señas al ver a Silvia, y la furgoneta por poco entra por una de las ventanas.

Pasamos al interior y pregunté por Sabina Eversikatolersen. Me había aprendido su nombre desde que la vi, y hasta creo que hubiera sido capaz de recitarlo al revés. El empleado preguntó por el teléfono interior, y Sabina dijo que podíamos pasar enseguida de oír mi nombre.

—¿Quién es ésa mujer? —preguntó Silvia—. Jamás había oído un apellido tan raro.

—Más rara es su profesión, teniendo en cuenta que se trata de una mujer guapa y joven: Sabina Eversikatolersen es profesora de embalsamamientos.

—Creo que una mujer que haya tenido que dedicarse a eso no puede ser guapa de ningún modo. Aunque reconozco que es una profesión difícil.

Entramos en el despacho. Sabina vestía hoy una bata blanca muy cortita, y se había quitado las gafas. Nos recibió con la misma sonrisa ligeramente burlona que había empleado ya el día anterior.

—Veo que hace usted progresos, amigo. ¿Por casualidad sólo investiga usted asuntos en que intervienen mujeres?

Iba a decir que todo aquello pasaba en contra de mi voluntad. Que no era nada agradable tratar con tantas mujeres guapas y tener que pensar mal de todas ellas. Que empezaba a fastidiarme ver tantas preciosidades para no poder ni siquiera invitarlas al cine una vez. Pero me detuve porque la ocasión no se prestaba a hablar. Lo

que Silvia tenía que hacer iba a ser tan penoso para ella que todos debíamos intentar ayudarla.

—La señora es la viuda de John Reginald Warden —expliqué—. Tratará de identificar el cuerpo de su esposo.

Sabina le dirigió una mirada interesada y profesional, encajándose las gafas.

—Crea que lamento verla, en una situación así, amiga mía. Le ruego que tenga valor y trate de pensar que todos tenemos un destino mejor que el que se ha asignado a nuestros pobres cuerpos. Permítame que sea yo misma quien la acompañe.

Fuimos los tres a la sala donde estaba el monumental refrigerador, y a una seña de Sabina un empleado abrió el primero de los cajones que yo había visto la víspera, Silvia parpadeó un momento, al ver el cuerpo allí encerrado, y luego trató de concentrarse para pararlo con atención. Cerró, al fin, los ojos.

—No es ése.

Lo mismo ocurrió con el segundo cadáver. Por fin, al ver el tercero, noté que palidecía repentinamente.

—Cierren.

Lo hice yo mismo. Sabina se llevó a Silvia de allí y la hizo sentar en una de las butacas de su despacho.

—Beba esto.

Le tendió un vaso de agua con una pastilla, disolviéndose en su fondo. Silvia bebió con avidez.

—¿Lo ha reconocido, señora Warden? —preguntó Sabina.

—Sí.

—¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas.

Sabina me miró. Yo pensaba en aquel momento que habíamos adelantado mucho en el caso, pero que a pesar de ello, todo iba siendo cada vez más desagradable y confuso. La mirada de la mujer me volvió a la realidad de la situación.

—Hay una cosa que no comprendo bien —dije a Silvia—. ¿Cómo a los del
F. B. I.
no se les ocurrió traerte aquí por si identificabas algún cadáver?

—Se partió de la base de que John había huido a la Unión Soviética —respondió, sin vacilar, Silvia—. Y la verdad es que nadie

pensó que hubiéramos de encontrar… esto.

—Realmente, la mayor dificultad estribaba en reconstruir los últimos pasos de Warden —comenté—. Yo pude hacerlo gracias a la carta que había sido enviada a Lista. Y es ahora cuando estamos sobre el buen camino, aunque no sé dónde nos ha de llevar éste.

Pensé también en la cara que pondrían Burns y Howard cuando se cerciorasen de que, gracias a mis gestiones, ellos iban a tener que pagar el importe de un seguro que ya creían haberse ahorrado. Mejor sería que empezase a buscarme otro empleo. De embalsamador, tal vez…

Sabina me continuaba mirando.

—¿Por qué no acompaña a su casa a la señora Warden?

—No, gracias —saltó ella—. Prefiero ir sola. Hay veces en que una mujer necesita que la dejen pensar. Puedes venir a visitarme cualquier día —me miraba a mí—, pero ahora déjame sola.

—Comprendo que cualquier compañía te ha de ser enojosa en estos momentos. Iré a verte mañana.

La acompañé hasta la puerta y la vi tomar un taxi. Luego volví junto a Sabina, que estaba apoyada en el borde de su mesa, reflexionando intensamente.

—Necesitó que me deje ver las ropas que llevaba ese cadáver al ingresar aquí. Y que me diga si alguien las ha examinado antes de ahora.

—No lo sé. Tendré que mirar el fichero.

Así lo hizo. Yo estaba maravillado al ver lo hermosa que era. Y me preguntaba cien veces qué diablos podía haber impulsado a una mujer tan bonita a abrazar una profesión así, como no fuera un intensísimo y casi siniestro amor a la Ciencia. Porque Sabina se adivinaba a la mujer que investiga continuamente; a la que trata de ver siempre un poco más allá. Me fijé ahora que en su despacho tenía diplomas conseguidos en tres Universidades distintas. Y me dije que el que pretendiera casarse con una mujer así debería regalarle una toga doctoral en lugar de un vestido de novia.

—No las había examinado nadie —aclaró—. En realidad, ese cuerpo era uno de tantos sin identificar y a los que nadie presta atención. Voy a mostrárselas.

—Antes, hágame un favor.

—Con mucho gusto, si los reglamentos lo permiten. ¿Cuál es?

—Permítame que la llame Ina. Y que no me acuerde jamás de que tiene usted un apellido como el que tiene.

Se sonrojó un poco, mientras se mordía los labios.

—¡Estoy contenta de llamarme como me llamo! ¡Y si mi nombre no le gusta quédese con el de Marilyn Monroe, que es mucho más sencillo!

Me callé… Fuimos a unes grandes almacenes situados en la planta baja donde había docenas y docenas de trajes y vestiduras diversas colocadas en departamentos y numeradas cuidadosamente. Sabina me mostró unas vulgares ropas de mecánico, que eran probablemente las que Warden compró antes de que le asesinasen.

—¿Había documentos?

—Ni uno. De lo contrario, lo hubiésemos identificado.

Pensé que, en cambio, las ropas que yo conservaba en mi habitación sí que debían tenerlos. No documentos importantes, puesto que hacía hecho ya un registro muy breve, pero *si* algún papel. Tendría que dedicarme a descoser por la noche los forros de aquellas royas.

—Ina —susurré—. ¿Por qué te dedicas a esto?

Me dirigió una mirada imprecisa y un poco lejana. Y me contestó de un modo que yo no me atrevía a esperar.

—Ese caso es muy raro y muy siniestro a la vez. Me gustaría ayudarte.

Y entonces fue cuando sentí que empezaban para mí las verdaderas dificultades.

Martes

Eva Ranieri

CAPÍTULO PRIMERO

No me atreví a volver a mi habitación hasta después de las doce de la noche. Por consiguiente era ya martes cuando hice acto de presencia allí.

Tenía un sueño atroz.

Me hubiese puesto a dormir aunque fuera junto a un tigre de Bengala. O aunque Sabina y Silvia hubiesen estado tirando de mí, cada una de una mano, disputando el casarse conmigo.

Pero la dueña de la pensión se encargó de despabilarme.

—Kan estado dos tipos preguntando por usted. Se han pasado aquí toda la tarde, arrojando colillas dentro de los jarrones y dejando todo el recibidor hecho un asco. Para mí que venían a atizarle por culpa de alguna novela que usted ha escrito.

—¿No le han dicho si eran del
F. B. I.?

—Tenían cara de ser de cualquier cosa mala. Empleados de las alcantarillas municipales, o algo así.

Entré como un loco en la habitación por si habían tocado alguna cosa. Pero no, por lo visto no habían llegado a entrar allí.

Me encerré y empecé a registrar bien el traje de que Warden se había desprendido. Ahora me apliqué a esta tarea con un especialísimo interés.

Posiblemente debía haber pensado antes que convenía registrar hasta los menores pliegues de aquel traje. Pero las ideas no acuden todas de golpe al cerebro, sino que se van sucediendo y encadenando unas a las otras. Hasta este momento no me había dado cuenta de la importancia que tenía lo que pudiera encontrar allí, como era posible que otros detalles importantes se me pasasen por alto hasta que los mismos acontecimientos me hicieran tropezar

con ellos.

En los bolsillos no había nada, como ya había advertido la primera vez.

En las hombreras tampoco.

Y estaba descosiendo ya el forro cuando llamaron a la puerta y entró la dueña de la pensión.

—¡Cuánto me alegra ver que por fin tiene usted un oficio honrado! —exclamó—. ¡Arreglando trajes es posible que se labre usted un porvenir que ahora no tiene!

Apreté los dientes e hice una mueca asesina. La mujer se sobresaltó.

—Sólo quería decirle que aquellos tipos volverán mañana —dijo —. Han dejado esto.

«Esto» era un sobre blanco con una citación del

F. B. I.,

metida dentro. Se me exigía que me presentase a la mañana siguiente para declarar.

—Algún comunicado de la oficina de recaudación de impuestos, ¿no? —preguntó la mujer—. ¡Las cárceles están llenas de hombres que empezaron así!

Estaba tan cansado que no me molesté. Esperé tranquilamente a que se marchara, deshaciendo mientras tanto el resto del forro.

Y allí estaba «aquello».

«Aquello» era un trozo de película como las que normalmente se usan en una máquina fotográfica de calidad. Tenía tres clisés impresionados.

Miré al trasluz.

Cualquier profano podía haber adivinado que aquello eran los pianos de la parte mecánica de una bomba. Estaban cuidadosamente detallados, y habían sido fotografiados con toda precisión. Pero era fácil adivinar que no estaban completos.

Esto concordaba con lo que había dicho Silvia Roberts: A Warden no se le entregaba nunca, por precaución, un documento entero, haciéndose cargo de la mitad en una época y de la otra mitad, por ejemplo, pasado algún tiempo. De este modo, si alguien le robaba, no podía obtener ningún provecho inmediato.

Me pasé la mano por la frente, al advertir que empezaba a sudar.

Si por aquello había sido decapitado Warden, era de suponer que yo fácilmente podía correr también tan envidiable suerte.

Introduje la película en uno de mis bolsillos y empecé a pasear de arriba abajo de la habitación. Cualquiera que me hubiese visto desde el exterior habría pensado que estaba meditando cómo salir de allí sin pagar la cuenta. Pero lo que en estos momentos me preocupaba era mucho más trascendental.

La actuación de Warden durante sus últimos minutos podía resumirse en tres puntos: Primero se había desprendido de cuantos documentos u órdenes escritas pudieran servir de orientación a sus perseguidores. Segundo, había tenido tiempo de cambiarse de ropas y pretender así huir. Tercero, había dado por supuesto que alguien a quien ya debía conocer bien, iría a recoger la carta a Lista de Correos, recuperaría las ropas que ahora estaban en mi habitación y se apoderaría de la película. De este modo su muerte no causaba el menor beneficio a sus asesinos, y les hacía una jugarreta digna de ser admirada.

Pero a nadie le gusta morir, aun cuando le quede el consuelo de burlarse de los que le maten. Warden pudo haber telefoneado a la Policía desde la casa de prendas usadas. Pudo haber tratado de llegar a algún Precinto próximo o, simplemente, pedir socorro en plena calle. ¿Por qué no lo hizo? ¿Tan aterrorizado estaba? ¿O había algún motivo por el cual no le importase morir?

Seguía caminando por la habitación, dando vueltas y más vueltas.

Warden daba por descontado que alguien retiraría aquel sobre de Lista de Correos. Pero ¿quién? ¿Y por qué no había ido durante un año entero? ¿O quizás había muerto también?

Cuanto más pensaba, más intranquilo me sentía, Y el sueño, que al fin y al cabo no es sino la autodefensa más barata que existe, me acometió de nuevo. Fue limpiando mi cerebro poco a poco, muy poco a poco. Media hora después estaba completamente dormido.

Por la mañana siguiente me despertó un choque de vehículos justamente debajo de mi ventana. No debió pasar gran cosa, porque acto seguido los conductores tuvieron fuerzas para empezar a insultarse. Me desnudé, pues no lo había hecho al acostarme, y tomé una ducha fría.

Después de afeitarme y asearme, salí. Pensaba ir al

F. B. I.
directamente.

Pero en la puerta me encontré a Sabina Eversikatolersen.

Venía en un «Austin» negro de importación, más serio que una caja funeraria. Desde luego, a una mujer así sólo podía haberle complacido ese tipo de coche, cuadrado y solemne como el de un juez que estuviera a punto de jubilarse.

Pero Ina no era como su coche. No era cuadrada, sino redondita, y no era solemne, sino fresca y madura como una fruta, a pesar de sus gafas y a pesar de todo el empaque de que quería rodearse. Al verla me sentí otra vez como transportado por las alas de un ángel.

—Venía en tu busca. Acordamos anoche que me dejarías ayudarte.

—Sí, Ina, pero anoche no tenía yo ganas de discutir. Y ahora te pregunto qué diablos vas a ganar tú metiéndote en este embrollo.

—Precisamente porque es un embrollo tengo ganas de estar metida en él. Soy una mujer curiosa.

Me encogí de hombros, pensando que peor para ella, y acepté la invitación para subir a su coche. Fue Ina la que condujo.

—No tengo el menor interés en que mis compañeros de la «Morgue» me pongan las manos encima, ni aunque sea después de muerta.

Ir junto a una mujer demasiado hermosa siempre me ha producido calambres. Y si esa mujer es tan inaccesible como lo era Ina, muchísimo más. Empecé a mirarla y a pensar que era una cosa fuera de serie, y así hubiese estado hasta el día de mi muerte si ella no llega a despertarme.

—¿A dónde vamos, hombre de las cavernas?

—A una cueva los dos juntos… Digo, al
F. B. I.

Llegamos media hora más tarde y nos recibió Walter J. Dinant que era en Nueva York algo así como una especie de Hoover.

—¿Cómo ha tardado tanto en venir? —me chilló nada más verme entrar—. Tiene que explicarnos una montaña de cosas…, cosas… cosas…

Acababa de ver entrar a Ina, y se convirtió en un disco estropeado.

—¡Qué cosas! —exclamó al fin—. ¡Pase y siéntese, Kane, gran

amigo mío!…

Le expliqué que la señorita Sabina Eversikatolersen podía ayudarnos de forma decisiva en la marcha de las investigaciones, y luego le repetí todo lo que ya debía saber por mediación de Clavert. Por fin le mostré el trozo de película.

La tomó en sus manos, la examinó atentamente y luego pulsó el timbre para hacer venir al despacho a un individuo grande como un autobús, que se llamaba Thompson.

—¿Qué le parece esto? —preguntó, mostrándole la película—. Fue encontrada entre los forros de la americana que vestía Warden poco antes de morir.

Thompson la miró también atentamente y luego se puso a reír. Sus carcajadas me hicieron muy poca gracia.

—Es trampa —dictaminó—. Esta película no vale nada.

—¡Oiga! —salté—. ¿Insinúa que la he preparado yo?…

—No, al contrario. Al traer esta película nos ha dado una prueba de la buena fe con que está obrando. Pero lo que está reproducido aquí no es ningún secreto, sino, y hablando en términos de gran finura, una maldita filfa.

—No le comprendo —dijo, entonces, Ina.

—Si usted apresa a un agente especial, lo registra hasta volverle cabeza abajo, lo martiriza para que hable y, al fin, tras mucho sudar, encuentra esto, ¿qué pensará?

—Pues… que he dado con el secreto que él tan celosamente guardaba.

—Exacto. Un secreto que está allí tan sólo para que usted crea eso. Un pedazo de película que luego no servirá de nada, puesto que es el plano de un artefacto que no puede fabricarse en realidad, o que, de ser fabricado, no sirve ni para matar moscas. Warden llevaba eso entre los forros de sus ropas como la mayoría de los agentes que realizan misiones de esa especie.

Me llevé la mano derecha a la cabeza. Quedaba bien claro que yo no había conseguido nada; pero asimismo que los que manejaban secretos atómicos sabían trabajar bien. —¿Era muy valioso lo que Warden trajo desde Inglaterra?— pregunté, tras unos instantes de reflexión.

—Lo era. Sí, extremadamente valioso. Pero se trataba de la mitad del plano completo. Tan sólo con lo que Warden llevaba es

poco lo que se puede hacer.

Guardamos nuevamente unos segundos de silencio. Y Thompson, el gordo, recapituló por fin:

Lo evidente es que Warden ha muerto. Esto lo prueba.

—Y la identificación que su viuda hizo de parte del cadáver, también.

—En realidad, su trabajo ha terminado —me sonrió Walter J. Dinant—. La «Compañía» tendrá que pagar el seguro y en paz.

Yo tuve la impresión de que el trabajo comenzaba precisamente entonces, pero me callé.

Ina y yo salimos. Y por primera vez hubo en nuestros ojos algo parecido a una expresión de complicidad.

CAPÍTULO II

¿Alguno de ustedes ha probado a ser cómplice de una mujer cuya profesión es embalsamar cadáveres?

Yo sí.

Y la verdad es que resulta la mar de complicado.

Ina llevaba un monumental bloc de notas, sobre el que se puso a hacer un resumen de la situación apenas entramos en el coche. Yo conduje esta vez. Fuimos dando vueltas sin rumbo fijo, pues aunque en realidad yo debía volver cuanto antes a la Compañía de Seguros, no tenía aún el menor deseo de enfrentarme a Howard.

—La situación está clara —me dijo Ina al fin—. O mejor: oscura. Tú ya no tienes nada que hacer, puesto que se han reunido elementos de juicio suficientes acerca de la muerte de John Reginald Warden. Los del
F. B. I.
sólo tienen que encontrar a sus asesinos, uno de los cuales se sabe ya que se llama Wilson.

—Hay aquí algo muy extraño —expuse sin mirarla—. La muerte de Warden no es normal. No es como debe ser la muerte de un hombre que trabaja en secretos atómicos. Podría numerar una serie de elementos de los que rodean esa muerte, y la verdad es que ninguno de ellos concuerda con el de al lado. Aquí todavía hay mucho que investigar.

—Debes atenerte a la lógica —explicó Ina, con tono doctoral—. La lógica es el gran tronco científico de donde han surgido las diversas ramas que son las ciencias aplicadas, y…

Estuve a punto de estrellar el «Austin» contra un camión de mudanzas. Ina calló.

—Bien, tú conduces —murmuró, transcurridos unos momentos

—. ¿A dónde tenemos que ir para averiguar esa verdad que tanto te preocupa?

—Clavert me explicó una serie de cosas sobre Reginald Warden. Entre ellas que pertenecía a un club. Creo que era el «Meccano». ¿Por qué no vamos allí y preguntamos algunas cosas sobre él?

—No sacaremos nada. Hace siglos que Warden ha muerto.

—De todos modos, debemos intentarlo. Éste es un caso donde hay todavía montañas de detalles que comprobar, sencillamente porque en las investigaciones se partió de una base falsa.

Y fuimos al «Meccano».

Éste era un club al que pertenecían un respetable número de hombres de ciencia. Se iba allí para escuchar música, para leer libros escogidos y para meditar. Casi no había tertulias, y todo era paz y silencio en él. Ataqué primero al encargado de la biblioteca.

—¿Qué clase de libros leía John Reginald Warden?

—¡Hum! Casi no puedo recordarlo. Ese Warden desapareció de aquí en la Edad Media, o algo así. Pero tengo idea de que eran libros sobre arte teatral y música.

—¿Figuran registrados en alguna parte los libros que los socios solicitan?

—Sí, en las tarjetas que rellenan para pedirlos, y que se coleccionan luego. Los federales también estuvieron mirando eso.

Examiné aquella lista de libros. Hasta tres meses antes de su muerte, Warren había leído obras de tedas clases, y principalmente relatos de viajes. Pero en los tres meses que precedieron a su fin se había aficionado extraordinariamente al arte dramático y a la música, y muy especialmente, a una combinación de las dos cosas que es la música aplicada al cine. Por eso el bibliotecario recordaba esta última faceta de sus preferencias.

En esos tres meses había leído cuatro libros: Uno trataba sobre la música como elemento de sugestión, y su autora era una tal Eva Ranieri. El otro era un compendio de críticas sobre las obras musicales de Eva Ranieri. El tercero un volumen lleno de fotografías, con descripción de la clase de música que les correspondía, todo ello redactado y preparado por Eva Ranieri. Y el cuarto un estudio sobre la importancia musical de Eva Ranieri, con varias fotografías suyas.

Eva Ranieri, según esas fotografías, era una mujer para caerse

muerto.

Tendría unos veintiocho años. Y no era extraño que a esa edad los críticos juzgasen bueno todo lo que hacía, porque cuando estuvieran a su lado de lo que menos debían ocuparse era de escuchar música.

Tenía los ojos azules, los cabellos rubios, la boca pequeña, los hombros suaves, el busto atrevido, la cintura estrecha, la…

—¡Basta, no sigas pensando! —me gritó Ina—. ¡De sobras se nota en tus ojos lo que estás imaginando ahora! ¡Cierra ese libro y vámonos de aquí!

—Sí, vámonos a ver a Eva Ranieri.

No comprendo por qué, pero se enfadó. Se enfadó mucho. Y fue entonces cuando me dijo que en cuanto yo muriera tendría mucho gusto en embalsamar mi cadáver.

No fue difícil encontrar, mediante la guía telefónica del Estado de New Jersey, el domicilio de Eva. Vivía en una villa cercana a Jersey City, adonde llegamos cuando ya era mediodía y la gente empezaba a lanzarse de cabeza sobre los restaurantes automáticos.

La pequeña villa estaba rodeada de una pista de tenis, una piscina y un bosquecito con cuatro árboles para cuando su dueña se sintiera poetisa. Pero en ninguno de estos sitios vimos a nadie.

Y eso que ante la puerta se hallaba detenido un «Lincoln» último modelo.

—Esto está demasiado quieto… —susurró Ina.

—Mejor. Vamos adentro.

Nadie respondió a nuestras llamadas. Como puertas y ventanas se hallaban cerradas, yo hubiera dicho que en la casa no habitaba nadie a no ser por el «Lincoln» majestuoso, estacionado en la entrada. Con una expresión intranquila, Ina me hizo notar que aquél era un lugar muy apartado y que la casa más próxima se hallaba a una media milla, oculta en parte tras un pequeño bosque de abetos.

—Busquemos una ventana por donde se pueda entrar —propuse.

—Pero… ¡eso es allanamiento de morada!

—Me temo que un detalle así no tenga gran importancia ahora. Quédate fuera, Ina, y no intervengas para nada.

—De sobras sabes que no llevas armas.

—Tampoco creo necesitarlas. Eva Ranieri puede haber salido

dejando ese coche en la puerta. Lo normal es que tenga más de uno.

Ina no se tranquilizó en absoluto, y su temor me pareció un signo de femineidad que yo no había notado antes. Me enorgulleció. Traté deshacer un gesto de suficiencia cuando hayamos una ventana que no estaba cerrada con persianilla.

—Entraré por aquí. Espérame.

Rompí el cristal con todo cuidado y salté. Antes de hacerlo del todo me volví hacia Ina. Desde mis tiempos de niño no había hecho estas cosas.

Terminé de saltar.

Desde mis tiempos de niño no había recibido un porrazo como aquél.

Fue propinado con una barra de hierro por alguien que estaba aguardando a un lado de la ventana, y su intención fue dejarme seco para siempre. Aquella barra puesta en contacto con mi nuca, y yo habría muerto como un conejo. Pero el tipo que me atacaba debía estar un poco nervioso, y simplemente me despeinó.

Me lancé al suelo y empecé a dar vueltas desesperadamente sobre el embaldosado mientras la barra caía otra vez sobre mí. Dos baldosas se rompieron al seco golpe.

—¡Maldito!

El que me atacaba era el mismo marino que disparó contra mí en la casa flotante. No llevaba, al parecer, más armas que la barra de hierro, pues debió suponer que sería suficiente para liquidarme sin hacer demasiado ruido. Otro individuo, vestido con un traje gris perla, vino sobre mí y trató de pisotearme la cabeza. Pude sujetar uno de sus zapatos, torcerlo, y hacerle caer sobre el marino en el momento en que éste descargaba un nuevo golpe de barra.

No alcanzó a su compinche, pero los dos rodaron por el suelo y yo pude ponerme en pie. Vi que la habitación donde me encontraba era un «office» de blancos e inmaculados muebles. Levanté un taburete y lo rompí en tres pedazos sobre la cabeza de Wilson. El otro sacó un revólver, pero le golpee con el pie antes de que lograra usarlo, y luego le aplasté los dedos contra el suelo. Lanzó un alarido de rabia y logró sujetarme entonces a mí por detrás de la rodilla. Me golpeó hábilmente y caí de bruces.

Escuché a Ina debatirse fuera. Sin duda, alguien la había atacado también.

Y entonces sentí odio.

Mucho debía importarme aquella mujer cuando levantó tan gran tempestad en mi ánimo. Algo muy grande debía sentir, sin ni siquiera darme cuenta, desde el momento en que sus ahogados grites centuplicaron mis fuerzas.

Vi que mi enemigo, el del traje gris perla, gateaba hacia el revólver. Salté sobre él, quedando montado a caballo en su espalda, y le golpeé con las dos manos alzadas en la nuca. El hombre se desplomó.

Me apoderé del revólver cuando alguien más entraba en la habitación. Ese alguien venía armado de una pistola ametralladora y lanzó una ráfaga a ciegas. Disparé una sola vez y le clavé la bala por debajo de la barbilla, abriéndole en dos la cabeza.

No sé si él tuvo tiempo de pegarse un susto, pero yo me asusté muchísimo. Y aquello no me gustó.

De un salto le arrebaté la pistola ametralladora y encañone a Wilson y el del traje gris perla, que empezaba a recuperarse. Los dos pusieron unos ojos como platos al ver que las cosas habían cambiado de tal manera.

—¡Quitaos las americanas! ¡Pronto!

Sabía por qué ordenaba aquello. Ni Wilson ni el otro, en cambio, lo debieron comprender bien, aunque obedecieron sin chistar.

Fuera, ya no se oía a Ina.

Hice salir de la habitación a los dos hombres y les ordené que se dirigieran hacia la puerta exterior, abriéndola. Ésta tenía simplemente un cerrojo corrido desde dentro. Los dos salieron, sin intentar ninguna jugada, porque la ametralladora en mis manos era una amenaza demasiado poderosa. Pero el que estaba fuera actuó entonces, y lo hizo bien.

Protegido detrás de Ina, disparó contra mí en el instante en que yo salía. No pudo alcanzarme, pero sí me clavó la bala en la recámara de la ametralladora. Wilson y el otro echaron a correr mientras yo saltaba hacia atrás para protegerme dentro de la casa.

Tres balas de calibre pesado restallaron junto a la puerta.

El que tenía a Ina en sus brazos empezó a retroceder hacia el «Lincoln», empleándola como escudo. Wilson y el otro corrieron y penetraron en el coche. El que apresaba a Ina lo hizo el último, soltándola al llegar a la portezuela. Apuntó fríamente contra ella.

No me gusta que asesinen a una mujer, pero si el asesino demuestra mal gusto, muchísimo menos.

Descargué el revólver contra aquel tipo, y estuve apretando el gatillo hasta que el «tlictiic» me hizo daño en los oídos.

El hombre recibió plomo en el pecho justo cuando el automóvil arrancaba. Trató de asirse a la portezuela y entrar aún, pero la segunda bala penetró en su cuello. La tercera bala le hizo caer bajo una de las ruedas, que le aplastó con una suavidad de guante.

Ya no tenía más balas para disparar contra el «Lincoln», que además desapareció como una exhalación. Corrí hacia Ina. Y de lo primero que ésta se preocupó, la muy astuta, fue de arreglarse, la falda.

—Tenemos que huir de aquí… —susurró—. Desde las fincas vecinas han tenido que oírse los disparos…

—Déjame recoger las americanas de esos dos tipos y ver lo que ha sido de Eva Ranieri.

—Lo que haya sido de Eva Ranieri no ofrece excesivas dudas…

En efecto, no tuvimos que cavilar demasiado. Vimos que los muebles de las habitaciones estaban patas arriba, los libros y los discos esparcidos por el suelo, las ropas volcadas de cualquier manera, las camas deshechas. Parecían como si un huracán Connie así de pequeñito acabara de pasar por la casa.

Eva Ranieri estaba en la bañera. Debían haberla sorprendido mientras tomaba una ducha, porque la cortinilla de nylon cubría aún su cuerpo. Una de sus manos la aferraba desesperadamente, y me bastó ver esa mano para saber que su dueña estaba muerta.

—Ina —rogué—. Acércate tú y examínala. Esa mujer está desnuda.

Salí de la habitación. Oí el ruido que hacía Ina al separar la cortinilla de nylon. La ducha seguía goteando muy poco a poco, y en una habitación del otro extremo de la casa la radio desgranaba lentamente un «*blues*». Un pajarillo encerrado en una hermosa jaula, cerca de una ventana, cantaba como un loco.

Ina cerró la ducha.

—La han estrangulado —oí—. Tiene aún la cuerda en el cuello. Y el nudo es de marinero.

Fue en ese momento cuando juré que cuando volviese a ver a Wilson lo mataría.

—¿Cuánto hace que está muerta?

—Apenas cinco minutos.

—Está bien, Ina. Busquemos el otro cadáver.

—¿Qué otro cadáver?

—Parece lógico que en la casa hubiera al menos un sirviente.

Sí, lo había. Ina lo descubrió bajo una de las camas. Era una camarera vieja, pero muy bien vestida, a quien habían golpeado en la nuca hasta causarle la muerte. Según Ina, también hacía tan sólo unos instantes que estaba en el Más Allá.

Sobre una mesita habla varias revistas. Una de ellas, dedicada a temas de música, publicaba una fotografía a gran tamaño de la misma Eva Ranieri, con un pie que decía:

«Uno de nuestros grandes orgullos musicales a punto de regresar de Inglaterra».

No sé bien por qué, pero sentí frío.

—Salgamos pronto de aquí —dije a Ina.

Y marchamos en el «Austin» justo cuando un «Universal Jeep» salía en nuestra búsqueda desde la casa más próxima.

Miercoles

Carola Borden

Capítulo primero

Me sentía enfermo.

Estaba lloviendo sobre la ciudad. Los pajarillos que se habían perdido por entre el dédalo gris no sabían ahora donde meterse. El tiempo primaveral de unos días antes se había ido de vacaciones, y ahora teníamos frío.

La dueña de la pensión me había felicitado la tarde anterior al verme entrar con dos nuevas americanas.

—¡Vaya! ¡Pues no debe ser usted tan malo como yo creía! ¡Está encontrando los clientes con más rapidez que las excusas para levantarse tarde!

Luego había registrado y deshecho aquellas americanas, encontrando algunos documentos que podían ser de interés.

Y después había telefoneado a Walter J. Dinant explicándole todo lo que había sucedido en la villa aislada de New Jersey, excepto el robo de las americanas.

Y, por fin, se había puesto a llover.

Pero no era todo esto lo que me mantenía en un constante estado de depresión y tristeza No era el que hubiese estado lloviendo toda la noche ni el que mi habitación tuviese ya el aspecto de una sastrería de lance. No, lo que me ponía triste era lo de Ina.

Era lo de las colillas.

Ina entró en mi habitación a primera hora de la mañana del miércoles, cubierta con un impermeable transparente que hacía pensar en un bombón envuelto en un papel celofán. Era ya lo único que le faltaba.

—¿Has reflexionado? —me preguntó.

—No he hecho otra cosa desde que nos separamos.

—¿Y qué?…

Ina señaló con el mentón el montoncito de colillas que había sobre mi mesa de trabajo.

En total cuatro, y todas a medio consumir.

—Las he estado mirando hora tras hora —confesé—. Y creo que no hay duda.

La tarde anterior. Ina había sido más precavida que yo. Antes de salir de la casa donde acababan de ser asesinadas dos mujeres, vio un cenicero sobre una mesita y lo vació en el interior de su bolso.

Y eso era lo que yo tenía ahora sobre mi mesa de trabajo. Tres cigarrillos a medio, consumir de una determinada marca, y un cuarto cigarrillo de otra. ¡Y este último era de la marca que fumaba Silvia Roberts, la joven viuda de Warden! ¡Un cigarrillo turco como los que me aseguró, cuando íbamos a la «Morgue», le enviaban de cuando en cuando!

Por eso la lluvia me parecía tan triste, y por eso las sombras que se veían a través de la ventana me parecían fantasmales y tétricas.

Ina, con su fastidiosa intuición femenina, adivinó lo que me pasaba.

—El animal macho, considerado desde el punto de vista científico, siempre prefiere un animal hembra determinado, y se irrita o se pone triste cuando lo colocan fuera de su alcance. Tú te estás comportando ahora como un estúpido animal macho.

—¿Pretendes decir que estoy enamorado de Silvia Roberts?

—Yo no digo que estés enamorado. Yo sólo digo que te dejas guiar por los impulsos de la especie zoológica a que perteneces.

—¡Basta! —gemí—. ¡Preferiría que te hubieras dedicado hasta ahora a plantar remolacha, Ina!

No se inmutó.

—Hay algo más. He estado trabajando toda la noche con el cadáver que esa mujer identificó. Obtuve para ello un permiso especial. ¿Y quieres saber los resultados? Edad máxima de aquel cuerpo: cuarenta años. Decapitación por accidente con una sierra mecánica, la cual no podía estar instalada en la casa flotante que visitaste. Manos encallecidas, propias de hombre que ha trabajado en labores rudas. Todos estos datos concuerdan con los de la primera autopsia, y el resultado es el siguiente: Si aquél es el cadáver de John Reginald Warden, yo he sido la esposa del rey

Faruk.

Quedé aplastado. El hecho de que Silvia Roberts fuera culpable de todos aquellos repugnantes delitos, unido a la certidumbre de que yo ya no podría volver a trabajar en la «Compañía Burns & Howard», hacía que aquella mañana de lluvia fuera mucho más triste de lo que suelen serlo todas las mañanas semejantes.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Ina.

—No lo sé aún. Pero, en principio, me resisto a dar parte a los federales.

—Opino lo mismo que tú. No debemos complicar todavía a esa mujer con una investigación oficial y en regla.

Me anudé bien la corbata y me dispuse a salir.

—¿Puedes prestarme tu coche funerario?

—Sí, si me dices a dónde vas.

—A ver a Silvia Roberts.

Ina se puso también en pie.

—Hoy no empiezo a trabajar hasta mediodía Puedo acompañarte.

La miré y sentí de repente lo que había sentido ya una vez, al encontrarme a solas con Eleonora en aquel reservado, la noche en que abrimos el paquete con las ropas de Warden. Era hermoso, y al propio tiempo un poco conmovedor, el que una criatura tan deliciosa como aquélla decidiese acompañarme en una aventura tan fea. Pero ahora sentí eso con una intensidad, mucho más grande, con una fuerza que hacía daño, con un vigor que me desgarraba los sentimientos por dentro. Miré a Ina y tuve deseos de abrazarla, pero me contuve. Por una vez que sentía gratitud, seguro que iba a interpretarme mal y a atizarme con un zapato.

—Prefiero ir solo —decidí—. Gracias.

Traté de abrir la puerta, pero ella estaba delante. Estaba delante con su impermeable transparente, que era como una celofana que envuelve un valioso regalo. Estaba delante como una escultura de carne, y sus ojos me miraban, y en sus labios había un temblor, y yo sentía un sordo «bum, bum, bum» dentro de mi pecho.

Ella entrecerró un poco los ojos, como si no se atreviera a cerrarlos del todo. Y entonces me di cuenta de que aquella mujer no había besado nunca. De que no había amado nunca. Yo era su

aventura y su primera experiencia. E iba a ser probablemente su primer dolor.

No debía ser así. No estaba bien.

Y tragué saliva, y dejé el regalito envuelto en papel de celofana para que se lo llevara otro.

Abrí la puerta suavemente y salí. Ina apretó los labios, con una mueca de rabia, y lanzó al suelo las llaves del coche.

—¡Tómalas! ¡Y ojalá patines y te metas de cabeza contra el escaparate de una casa de pompas fúnebres!

Recogí las llaves y escapé. Me introduje en el «Austin», puse primera y salí disparado. Patiné, en efecto, y por poco atropello a un guardia de la circulación. La verdad es que hubiese preferido lo del escaparate.

Llegué a Long Island tras una hora de premiosa marcha por entre filas de vehículos. Apreté fuerte el acelerador al llegar a la zona residencial, por donde apenas había tránsito, y enfilé el caminillo enarenado que conducía a la finca de Silvia Roberts.

La criada negra estaba con un paraguas en el jardín, mirando con delectación su limonero.

—La señora no está. Y si lo que quiere usted es hacerle otro seguro, pierde el tiempo.

—¿Sabe a dónde ha ido?

—A casa de la señorita Borden.

Era la primera vez que yo oía aquel nombre. Me mordí los labios.

—¿Cómo?…

—Sí, la señorita Carola Borden. ¿Es que tiene eso algo de particular? Be modo que más valdrá que no la espere, porque es posible que no vuelva hasta el mediodía.

—Está, bien, no la esperaré. Perdone. Y gracias.

Me detuve en el bar más próximo, pedí una limonada y consulté la guía telefónica. Había una tal Carola Borden, de profesión agente comercial, que vivía en Malville Road.

Me fui disparado hacia allí. Había dejado de llover, y los rayos de un sol tímido, envueltos en vapores de humedad; bañaban la isla.

Cuando llegué a Malville Road, frente a casa donde vivía Carola Borden, y cuando hube conseguido un sitio donde aparcar, era ya mediodía.

Pregunté al encargado del ascensor, mientras subíamos, si *Miss* Borden estaba en su departamento. Me dijo que sí, y que una hora antes había ido alguien más a visitarla.

—Un monumento —dijo, trazando movimientos curvilíneos con sus manos—. Una cosa seria, Si se llega a parar el ascensor entre dos pisos, y alguien viene a salvarnos, le hincho un ojo.

Pensé que aquel «monumento» no podía ser sino Silvia Roberts. Y noté entonces que mis labios temblaban, y que, instintivamente, había apretado los puños.

—Piso veinticinco, señor.

Esta vez no fui tan ingenuo como para llamar a la puerta y que me recibiesen a estacazos. Tenía una llave maestra, que llevaba siempre conmigo, y una notable habilidad para forzar cerraduras. De modo que, aunque en el piso inmediatamente superior estaban las oficinas de una casa constructora, y aunque se advertía mucho movimiento en ellas, me puse a manipular.

Tardé tres minutos en forzar la sencilla cerradura. Y no hice el menor ruido.

Me encontré en un vestíbulo pequeño y adornado con ricos objetos de porcelana china. De allí pasé a un saloncito decorado al gusto moderno, y con dos puertas cerradas.

Tras la segunda de esas puertas se oía un ruido desagradable y violento.

Ruido de cajones al ser abiertos y arrojados al suelo de cualquier manera.

También percibí un violento olor.

Olor a carne quemada.

Tenía en mi poder, el revólver de que me adueñé la víspera, pero estaba descargado. Si como amenaza producía efecto, bien; sino…

Lo empuñé y di una formidable patada a la puerta.

Ésta era un dormitorio con alcoba. Y dentro había tres hombres y una mujer.

Los tres hombres eran Wilson, un individuo con cara de perro y un individuo con cara de gato. Al menos ésa fue la impresión que a mí me causaron al entrar. La mujer era una morena de unos veinte o veintidós años, a la que con un encendedor habían hecho ya una quemadura en un brazo. Y en ese momento, cuando yo entré, el tipo

con cara de gato terminaba de decir lo siguiente:

—Tienes unas pestañas muy bonitas, preciosa. Sería una lástima que esta llama te las abrasara…

Me lancé sobre el primero. Había abierto unos ojos enormes al verme entrar, creyendo sin duda que estaba soñando. Pero aun así empezó y terminó la frase. Con todo mi peso, caí sobre él y le aferré la mano con que sostenía el encendedor, colocándoselo bajo la barbilla. Lanzó un alarido estremecedor, mientras Wilson y el otro gorila saltaban sobre mí.

Carola Borden —pues indudablemente era ella—, no podía gritar porque estaba sólidamente amordazada. Pero tenía las piernas libres y supo moverlas bien.

Las tendió de golpe, cortando el paso a los dos granujas. Éstos cayeron a la vez, con los mismos movimientos y lanzando un gemido que pareció surgido de la misma garganta. Se desplomaron justamente al lado de mis pies; y aunque Wilson trató de sujetármelos, porque sabía lo que iba a suceder, no fue lo bastante hábil.

De un punterazo le aplasté la cara. El de las facciones de gato seguía aullando a más y mejor, colgado de mis manos. Lo lancé de un empujón contra la cama y quedó allí quieto unos instantes. Me había apoderado del encendedor y lo arrojé sobre Wilson.

Como no había utilizado mi revólver, todos adivinaron que no había balas en él, y eso les envalentonó. Tuve que aplastar la mano de Wilson, que ya esgrimía una automática. Luego le golpeé con la culata en la nuca y me apoderé de su arma, tirando con ella contra la mano del cara de perro, que sacaba un revólver. Creo que se la atravesé, porque la dejó más quieta que si la hubiera esculpido Rodin.

Había tenido suerte al encontrar desprevenidos a los tres sicarios, aunque los efectos de la sorpresa habían pasado ya. El de cara de gato empezaba a recuperarse, y Wilson, a quien por lo visto no había atizado con bastante fuerza, se movía un poco ya. De no ser por la ágil maniobra de Carola, seguro que me habrían cazado como a un conejo.

Vi que el de la cara de perro, el de la mano atravesada, huía hacia la puerta. Pude haberle matado fácilmente y no lo hice. Aunque sea la de un granuja, una vida humana es siempre una vida

humana. Y, además, aquel tipo me daba la espalda, y yo no podía matarle así. Pensé en tirar a sus piernas, pero en ese momento vi tanto horror en los ojos de Carola que me volví rápidamente, mientras me arrojaba al suelo.

La bala silbó junto a mi cabeza. El de la cara de gato acababa de disparar.

Tiré yo también, y la bala penetró en su estómago. La verdad es que había apretado el gatillo sin apuntar siquiera, pero el hombre estaba en un lugar demasiado estrecho para escurrir el bulto, y a aquella distancia las balas tenían que ser definitivas. El hombre se encogió y soltó su arma, aunque no había muerto aún.

Quedaba Wilson.

Wilson, convertido en una fiera sanguinaria que luchaba por su vida. Aquel tipo a quien no importaba decapitar hombres ni asesinar mujeres se lanzó sobre mí blandiendo una gigantesca navaja. Tiré contra su mano y no acerté, aunque la bala le causó un rasguño en el antebrazo. Retrocedí hasta la pared del fondo y apunté fríamente.

—Quieto o te abraso.

Pero el marino no retrocedió. Sabía que yo evitaría en lo posible matarle, en parte por razones éticas y en parte porque necesitaba testigos vivos.

Vi brillar la navaja, y levanté la pierna izquierda. El golpe plano en el estómago hizo retroceder a Wilson, que quedó apoyado en una de las ventanas. Se dio cuenta de ello al romper les cristales con sus amplias espaldas, y entonces quiso retroceder. Pero yo ya saltaba sobre él.

Mientras con una mano sujetaba, el mango de la navaja, con la otra trataba de barrenarle la cara sirviéndome del punto de mira de la pistola. Wilson, ducho en toda clase de tretas, me lo impidió. Pero en cambio, no pudo evitar que su cuerpo se doblase más sobre la abierta ventana.

Alguien lanzó un alarido de angustia desde otro lugar de la fachada de la casa.

—¡Cuidado, Wilson! —grité—. ¡No pretendo matarle!

Decir eso fue una imprudencia. A un tipo así siempre hay que explicarle que uno está dispuesto a hacer tiragomas con su piel, aun cuando luego le cause el menor daño posible. Otra cosa es

envalentonarle y darle confianza, como así ocurrió.

De pronto logró girar y fui yo el que sintió su cuerpo volcarse hacia el exterior. Vi el rostro de la que había gritado antes: Una mujer con cara de loro que estaba viéndolo todo desde una ventana contigua.

—¡Muere! —gritó Wilson, masticando su diabólico placer—. ¡Veinticinco pisos serán bastante para ti!

Empecé a apretar, a bambolearme y a pensar en todas las cosas agradables que había visto en mi vida. Éstas eran tan pocas que tuve tiempo de recordarlas en sólo medio minuto. Vi luego la calle abajo, y pensé en el vacío, en la nada, y en la justicia de Dios.

Concentré todas mis fuerzas en el costado derecho y apreté bruscamente. Dimos los dos una vuelta de peonza y quedamos bamboleándonos sobre el alféizar. Wilson pudo haberse sujetado bien con sólo soltar la navaja, pero no quiso. Y se llevó la navaja a la tumba.

Fue todo tan rápido que aun no recuerdo bien cómo pudo suceder. Sentí que me balanceaba y que caía. Yo estaba encima, y mi base de sustentación era Wilson, que vacilaba también. No podía sujetarme al marco de la ventana porque el ex marino me apretaba las manos con una especie de frenética desesperación De improviso sentí que tiraban de mí y traté de sujetar a Wilson, pero ya no pude. Resbaló un poco más y cayó aullando los veinticinco pisos, mientras abajo, en Malville Road, los automóviles entonaban un lúgubre y ronco sonido de claxons. Tuve la sensación de que caía yo también y me fue necesario afirmar bien los pies en el suelo para darme cuenta de que seguía en pie y de que no iba a caer por ninguna parte.

Los que me sujetaban eran un policía y un tipo gordo como el anuncio de una marca de quesos. Apretaban tan fuerte que temí, fueran a romperme los brazos.

—¡Tú, granuja!… —bramó el policía.

—¡Tu bribón!… —bramó el gordo.

Lo hubiera pasado mal de no haberle quitado alguien la mordaza a Carola Borden. Ella fue la que, a pesar del dolor, se sobrepuso para gritar:

—¡Suelten a ese hombre! ¡Él me ha salvado la vida!

Me soltaron y caí al suelo.

No todos los días salva uno la vida a una mujer como Carola Borden.

Resultaba alta, fina, ondulada como una sirena y lánguida como una flor de otoño. Había en ella algo que extasiaba, y no hubiera sabido decirse si era su elegancia —pues a pesar de todo la tenía—, su juventud o su belleza un poco exótica, desacostumbrada e inquietante. El caso es que me quedé en el suelo mirándola, y pensando que ya estaba bien así y que no hacía maldita falta que nadie viniera a cambiarme de postura.

—¡Él me ha salvado la vida! —repitió Carola—. Esos hombres estaban dispuestos a torturarme hasta el fin. ¡Y al decir «esos hombres» me refiero a éste y otros dos!

Señalaba al herido en el estómago, el cual se arrastraba débilmente por el suelo. Daba pena verlo así, fuera quien fuera, y rogué que lo trasladaran a un equipo quirúrgico y trataran de salvarlo o, si eso era imposible, hacerle hablar.

El departamento se iba llenando de gente. Dos policías más irrumpieron acompañados por el ascensorista. Éste señaló sin vacilar al herido.

—¡Dijeron que iban a las oficinas del piso veintiséis! ¡Luego bajaron aquí y debieron sorprender a esa pobre muchacha!

—Uno de ellos ha tratado de huir —advertí—. ¿Sabe usted si ha podido conseguirlo?

—Me temo que sí. Todos hemos corrido al oír los disparos, y los ascensores han quedado vacíos. Si fue listo pudo escapar.

Aquello complicaba las cosas, porque de no sobrevivir el del balazo en el estómago, cosa que parecía dudosa, no tendríamos a nadie a quien interrogar.

—¿Le han herido? —preguntó, solícita Carola Borden.

Me di cuenta de que la navaja de Wilson me había hecho un profundo corte en el brazo, corte que sangraba intensamente. Pero no sentía el menor dolor.

—Es usted quien debe preocuparse de sí misma. Hagamos algo para que la atiendan.

Los policías nos escoliaron hasta la calle, y allí fuimos introducidos en un automóvil que nos llevó a un dispensario. Me curaron a mi la herida, que no era profunda, y a Carola le aplicaron por el momento un calmante sobre la quemadura del brazo. No

parecía presentar otras señales de violencia.

—Tendrán que permanecer unos momentos aquí, si no les importa —advirtió uno de los policías—. Vendrá el comisario a interrogarles ahora.

Nos dejaron solos en una pequeña habitación contigua a la sala de operaciones, y ése fue el momento que decidí aprovechar para hablar con Carola, De hecho, sólo ella podía sacarme del mar de dudas en que estaba sumergido.

Pero fue ella la que empezó.

—Gracias por haberme salvado —dijo.

—No debe darlas. Suelo hacer todo eso para no engordar.

—Tengo la sensación de haberle conocido toda mi vida. Me es usted muy simpático.

Comencé a pensar que aquella mujer tenía una conversación la mar de interesante.

—Muchas gracias. Me honra…

—Bueno, y a todo esto, ¿quién diablos es usted? —saltó—. ¿Por qué estaba en mi piso y con qué autorización se permitió irrumpir en mi alcoba?

—Soy un amigo de Silvia Roberts —repliqué, masticando las palabras.

CAPÍTULO II

Carola palideció.

—¿De quién me ha dicho que era amigo?

—De Silvia Roberts.

Quiso sonreír, y lo logró en parte.

—Los hombres suelen emplear unos trucos muy raros para hacerse interesantes. No sé a qué le conduce nombrar como referencia a una mujer a quien no conozco.

Me desagradó que dijera aquello. Me desagradó por ella misma, porque quizá no sabía que Silvia Roberts estaba actuando como heraldo de la misma muerte. Visitó el día anterior a Eva Ranieri, y media hora después ésta había sido asesinada. La había visitado hoy a ella, y una hora después tres tipos entre los que se contaba el salvaje Wilson habían irrumpido en su habitación dispuestos a torturarla y darle muerte como a la infeliz Eva Ranieri.

—Es usted la que pierde el tiempo, no yo, amiga mía. Si al fin consiguen asesinarla lamentará no haber hablado cuando era la ocasión.

—No sé de qué me habla —articuló, moviendo muy poco los labios—. No sé absolutamente nada.

—¿Negará que Silvia Roberts fue esta mañana a visitarla? —grité casi, volviéndome repentinamente hacia ella—. ¿Negará que la visitó otras veces, hasta el extremo de que la propia sirvienta de esa mujer la conocía a usted? ¿Se mantendrá terca en esa actitud cuando el empleado del ascensor diga a quién vio esta mañana? ¡Oh! —Levanté las manos con un gesto melodramático que había visto hacer a un actor de teatro varios años atrás—. ¡Parece mentira que no comprenda que le está hablando la voz de su propia seguridad personal!

—Debería enseñarme una fotografía de esa tal Silvia Roberts —condescendió al fin, después de pensarlo un rato—. Puede que me haya visitado alguna vez y yo no conozco su nombre. Debido a mi profesión, viene a veces a visitarme gente con la que tengo un trato ocasional, y a la que después no recuerdo.

—¿Va usted con frecuencia a Inglaterra? —le espeté repentinamente.

—¿A Inglaterra? Pues… sí. Ayer noche mismo regresé de las Islas. No había salido aún de casa cuando sucedió aquello.

Eva Ranieri también acababa de regresar de Inglaterra, y esto me hizo echar la cabeza hacia atrás y palidecer intensamente. ¿Es que con el billete de regreso desde las Islas daban también una tarjeta de presentación para la Muerte? ¿Qué tenía que ver aquel viaje con la siniestra perspectiva que aguardaba más tarde?



—¿A qué fue usted a Inglaterra? —pregunté en voz baja.

—No sé si se habrá fijado en que soy agente comercial. Ello me obliga a hacer frecuentes viajes. ¿Y a qué viene esa pregunta?

—Me gustaría saber qué trajo de allí.

Me miró como si yo estuviese loco. Como si yo acabara de decir que estaba harto de pagarle el tranvía al Aga Khan. Entrecerró los

ojos, y en sus facciones apareció entonces una hermosura extraña y salvaje.

—No comprendo su pregunta.

—¿No? Pues la entenderá menos cuando le diga que está relacionada con esta otra: ¿Qué vino a proponerle Silvia Roberts?

—¡Otra vez Silvia Roberts! ¿Cómo quiere que le diga que no conozco a esa mujer? ¿Cómo quiere que le diga que no la he oído nombrar en toda mi vida?

Su acento de sinceridad casi me convenció. Iba a contestar algo cuando, en ese momento, me lo impidió la entrada del teniente Patterson, de la Metropolitana, un hombre que no había dicho «Sí» ni el día que se casó.

—¡Hola, teniente! Magnífico día, ¿eh?

—No.

—¿Podremos marcharnos pronto?

—No.

Me acomodé bien en el asiento y decidí esperar. Patterson se puso a interrogar a Carola Borden sobre los pormenores del atentado de que había sido objeto, y enseguida se adivinó fácilmente que nada aclararía. Los detalles del hecho eran lo que menos importaba. Lo que se hacía preciso averiguar eran las causas de todo aquello, y el lazo de unión con lo sucedido a Eva Ranieri, y la intervención que en todo tenía Silvia Roberts, y una montaña de cosas más que Patterson no enfocaba ni de lejos. Cerré los ojos, puse los pies sobre una cercana mesita y esperé a que se cansara.

—Usted —dijo de repente, dirigiéndose a mí— se está convirtiendo en el sospechoso número uno de todos estos crímenes. Le veo muy metido en todo desde el principio, maldito sea. Y no crea que aquí vamos a suprimir la pena de muerte, como en Inglaterra.

De modo que…

—Soy un asesino —murmuré, calmosamente.

—¿Qué?

—No se excite, Patterson. Es el título de una novela que quizá algún día escriba. Las memorias del que ha inventado toda esta trama. Las memorias del que está detrás de todo esto. Porque, ¿usted cree que los que piensan las cosas son miserables como Wilson o rata de penal como los que se metieron en aquella

habitación? No. Detrás de todo esto, hay alguien que ha calculado los acontecimientos uno por uno y con la precisión de un aparato de relojería. Alguien cuyo nombre nos hará estremecer cuando lo sepamos, porque el único comentario que se nos ocurrirá habrá de ser esta palabra: ¡Imposible!

—NO —fue todo lo que supo decir Patterson.

Carola me miraba con interés. Yo supe que detrás de sus ojos de mujer que trataba de mostrarse valiente y acostumbrada a todo, había toneladas y toneladas de miedo. En cada uno de sus pensamientos estaba la muerte, y ella sabía ya que la muerte había sido su compañera de viaje. Aunque quisiera disimular, ya tenía la impresión de que se hubiera sentido aliviada de poder ponerse a llorar como una chiquilla.

—¿Ha podido hablar el… el herido? —susurró, por fin.

—No —negó Patterson, como siempre—. No ha podido hablar por la sencilla razón de que ya está muerto.

—De modo —dije, poniéndome en pie— que ya no tenemos ningún testimonio vivó al que podamos arrancar datos sobre la identidad del Gran Jefe, del Gran Genio, como se le quiera llamar. De modo que ahora…

Me volví para mirar a Carola.

—Ahora, la única que puede orientarnos eres tú.

La muchacha tuvo un estremecimiento. Patterson me miró, ligeramente sorprendido.

—Sé que no te arrancaremos nada, Carola —sonreí—, pero quizá en lugar de ti hablará Silvia Roberts.

Y antes de que Patterson dijera «no», salí de la habitación.

Jueves

Una Dama Llamada Muerte

CAPÍTULO PRIMERO

Yo la vi el jueves. El jueves día 5 de abril de mil novecientos cincuenta y seis, yo vi la muerte.

Era una dama vestida de blanco y estaba en el asiento delantero de un «Buick» último modelo. La muerte iba vestida de novia aquella tarde, y aunque los transeúntes se fijaban en ella, ninguno supo reconocerla. Yo fui el único testigo que me di cuenta de su macabra presencia.

Pero quizá valga la pena volver por unos instantes los ojos atrás, evocando lo ocurrido la víspera.

Tras salir del dispensario y pese a mis amenazas de ir a ver acto seguido a Silvia Roberts, no hice nada de eso. Ir a ver a Silvia Roberts, era lo que hubiese hecho Patterson, por ejemplo, y a mí me interesaba obrar de muy distinta manera. Lo que hice fue ir a ver a Ina para que me indicara si Wilson, el muerto, llevaba algún documento encima.

Ina estaba sentada en su despacho, con las piernas cruzadas y meditando furiosamente. Parecía imposible que a los veinticuatro o veinticinco años una mujer tan guapa pudiera estar allí y no morirse de aburrimiento. Me vio, me dirigió una sonrisa lejana y me dijo que Wilson llevaba una serie de documentos, los cuales hablan sido entregados ya a la Metropolitana para que los de Homicidios obrasen en consecuencia.

—¡Y si no quieres nada más, lárgate! —gimió—. ¡Lárgate!

Cuando una mujer dice eso es que quiere cualquier cosa en el mundo menos que uno se largue. Pero yo soy mal sicólogo y la obedecí. Ina debió estar a punto de lanzarme algo a la cabeza.

Volví una hora más tarde.

En ese tiempo había conseguido una licencia de armas, una

pistola del nueve corto y una valiosa información. Esa información, obtenida por mediación de Patterson, era la de que había sido descubierto el escondrijo de Wilson, hallando la famosa cabeza, la cual había sido enviada ya a la «Morgue» para su estudio.

Ina, al verme de nuevo, ni siquiera quiso dirigirme la palabra.

—Eres como los cuervos —suspiró, al fin—. ¿Ya has olido el hallazgo, no?

—Ina, tú me dijiste que este caso te interesaba. Me dijiste que me Ayudarías. ¿A qué viene todo eso ahora?

Adoptó para responderme un aire profesional y distante.

—Los dos mejores forenses de la ciudad están practicando un análisis de los restos. Pero su primer informe ha sido ya tajante: la cabeza no corresponde al cuerpo que Silvia Roberts señaló como perteneciente a su esposo.

—Ya imaginaba que Silvia Roberts no había dicho la verdad.

—¿Por qué? —Un repentino brillo de interés apareció en los ojos de Ina—. ¿Qué es lo que sabes de esa mujer?

—Todo menos una cosa: la clase de relaciones que la unían con Eva Ranieri y Carola Borden.

—Eso será fácil de averiguar. ¡Vamos a su casa y trata de interrogarla!

—Tiempo perdido, Ina. Esa mujer no soltará prenda. Prefiero vigilarla discretamente.

Me largué a Long Island y estuve allí vigilando casi toda la tarde y parte de la noche. A las once, Silvia salió sola, tomó un taxi y yo otro, en el que la seguí. Se detuvo, tras un largo recorrido, en una miserable pensión de Harlem, y allí permaneció más de media hora.

Yo no la esperé.

Me bastó enterarme por la encargada de recepción, una negra de ojos monumentales, que aquella tarde había ido a alojarse allí una muchacha llamada Carola Borden.

CAPÍTULO II

Eso es lo que yo había hecho hasta las once de la noche del miércoles.

Luego vino la segunda parte.

Me hallaba en mi habitación, tranquilo por primera vez desde que empezó aquel maldito caso, cuando alguien golpeó fuertemente con los nudillos en la puerta. Abrí.

Era la dueña de la pensión junto con una mujer. Esa mujer era Sabina Eversikatolersen.

—Esta señorita es Sabina Eversidiablos o algo así —anunció la dueña de la casa—. Dice que tiene que comunicarle algo muy importante, pero hablen con la puerta abierta o les echaré a los dos a la calle. En cuanto cierran la puerta, una ya no se entera de nada. Y para seguir trabajando así, cambio de negocio.

Dejamos la puerta abierta. Ina estaba mortalmente pálida.

—Dime qué te ocurre, por Dios.

—Me han perseguido hasta aquí.

Temblaban un poco sus hombros, y se los sujeté. Entonces me puse a temblar yo.

—Concreta.

—He estado trabajando en la Morgue hasta muy tarde. Luego he salido sola. Como tú tienes mi coche, decidí ir hasta casa a pie. Y entonces, de entre las sombras, surgió un hombre.

Apreté un poco más sus hombros.

—¿Lo conocías?

—Es extraño. Yo diría que sí. Que lo conocía sin haberle visto nunca.

—Eso es absurdo, Ina. ¿Llegaste a verle la cara?

—No. Iba vestido con un gabán ligero y un sombrero de ala

echada sobre los ojos. Al notar que me seguía sin lugar a dudas, eché a correr. El corrió detrás de mí, pero se movía algo pesadamente. No sé cómo he podido llegar… llegar hasta aquí. Nos separaban tan sólo unos metros cuando he alcanzado la puerta.

—¿Hizo algún ademán amenazador? ¿Viste si empuñaba armas?

Hablábamos en voz baja, como dos cómplices. Y en realidad lo éramos.

—No —susurró Ina—. Pero una no puede luchar contra su propio temor, contra su propia obsesión. Creía reconocer a aquel hombre sin saber cómo. Creo que he empezado a volverme loca.

Apoyando una mano en su nuca, incliné hacia atrás su cabeza y la miré al fondo de los ojos. Poco a poco fui retirando sus gafas, y sin ellas, Ina se sintió desnuda. Aquellos ojos traicionaron su miedo, su desdén de mujer que vivía para la Ciencia y su ansia de muchacha que no había amado jamás. Todo esto tan mezclado como uno de esos cócteles que producen úlcera de estómago en cuanto uno bebe dos gotas. Demasiado explosivo todo aquello.

—No puedes salir ahora —murmuré—. Voy a hacer que te preparen una habitación y pasarás aquí la noche. Por lo menos, hasta después de mañana al mediodía no saldrás otra vez a la calle.

—Como tú quieras. En ti he confiado y por eso estoy aquí.

CAPÍTULO III

Ina había visto la muerte aquella noche. La había visto de verdad, pues sólo una mujer acostumbrada a tratar con ella diariamente podía haber adivinado el misterio del hombre que la perseguía. Y ahora el turno de ver la muerte me tocaba a mí.

Cuando salimos los dos juntos, hacia las diecisiete horas del día siguiente, jueves, aquel «Buick» estaba parado frente a nuestra puerta.

Un maniquí se hallaba cruzado en el asiento delantero. Era un maniquí muy hermoso, vestido con galas de novia. Y su cara, retocada con cera, sonreía. Había un tipo sentado al volante, junto al maniquí. Un tipo solo.

Ese individuo me miró al verme salir, y movió un poco el brazo derecho. Yo, que estaba mirando el maniquí, sólo tuve tiempo de gritar:

—¡Cuidado!

Di un empujón a Ina y la arrojé al suelo. Los velos del maniquí se movieron y de entre ellos surgió una llamarada. La bala me rozó la cabeza cuando yo me estaba lanzando hacia las ruedas del coche.

Bloqué una de ellas como la pelota un jugador de *rugby*. El «Buick» se puso en movimiento y tuve que encogerme hasta lo inverosímil para no morir aplastado. El del volante disparó otra vez, pero en posición tan forzada que sólo logró rozar un poco la hombrera izquierda de mi americana. Yo saqué la pistola e hice fuego dos veces, pero no pude alcanzar las ruedas debido a las veloces eses trazadas por el vehículo. Éste desapareció como un rayo tras la esquina más próxima.

Un agente de servicio hizo sonar el silbato.

Un repartidor de leche volcó su carro y empezó a dejar la

calzada más blanca que la conciencia de un recién nacido.

Un transeúnte barrigudo y con bigotes de mosquetero trató de ayudar a levantarse a Ina.

No hice caso del lechero ni del pito, pero sí del transeúnte. Antes de que lograra tocar a Ina, ya la tenía yo sujeta por las axilas y la ayudaba a levantarse. Me di cuenta de que me temblaban las piernas y de que mis dientes entrechocaban de un modo extraño. Y no era miedo por mí, sino por Ina. En ese momento me di cuenta de que algo muy importante había sucedido, de que ya no estaba solo en la gran colmena que era la ciudad. Y eso me llenaba de gozo y al mismo tiempo de una inexplicable tristeza.

—No pensaba gastársela —gruñó el de los bigotes—. ¡Ni que la hubiera ganado usted en un concurso de preguntas de la radio!

Ya se había formado un círculo alrededor nuestro. Dos agentes empezaron a hacer retroceder a los que trataban de acercarse. Al fin, uno de ellos se volvió hacia nosotros, cuando nos habíamos examinado ya, comprobando que no temamos ninguna herida.

—¿Les ha ocurrido algo?

—No. Gracias, agente.

—¿Conocían al tipo que les disparó? ¿Qué cuenta tienen pendiente con él? ¿Es que son ustedes socios de equipos rivales?

—Nos vendió a plazos una máquina de lavar y no la hemos pagado aún. Eso es todo.

Salimos del grupo, unidos de la mano, como unos colegiales a los que acaban de dar una tarde de fiesta.

Y teníamos esa sensación, y la causábamos a los demás, porque ambos, tras haber rozado la muerte, seguíamos disfrutando de la vida. Porque nos era dado el vivir juntos durante una tarde más.

Fui a un cercano garaje a buscar el «Austin» y salimos disparados en él. Un aire fresco, ligeramente frío, nos azotó enseguida los rostros.

Conducía yo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ina.

—A Harlem.

—¿A Harlem? ¿Y para qué?

—Creo que allí van a suceder cosas interesantes dentro de poco. Pero pase lo que pase y me veas hacer lo que me veas hacer, guarda silencio, Ina.

—Te lo prometo.

Estábamos detenidos en un cruce. Mientras esperaba a que cambiase la luz, giré un poco la cabeza y la miré.

—Hoy vamos a tener todos sorpresas —dije.

—¿Qué clase de sorpresas?

—Es posible que descubramos la identidad de la persona que mueve los hilos de toda esta siniestra trama. Es posible que tú no lo creas al tenerla enfrente.

Ina palideció un poco.

—¿Por qué?

—Mírate en el espejo retrovisor, Ina. Mira esa imagen que tienes enfrente. Y en aquel momento cambió la luz.

CAPÍTULO IV

Ella no me había comprendido, o tal vez me había comprendido demasiado bien. No contestó nada, pero yo noté a partir de entonces que todos sus nervios estaban en tensión y que apretaba los labios, con una especie de rabia secreta.

No fuimos directamente a Harlem, sino que nos detuvimos primero en unas oficinas del Registro Civil. Estuve examinando unos datos, mientras Ina me aguardaba en el interior del coche, y luego reemprendimos nuestro camino hacia Harlem.

La ciudad negra bullía en ese anochecer del jueves. Los anuncios de colores se encendían por centenares y hacían pintorescos guiños bajo un cielo de uniforme color gris plomo. Docenas de niños jugaban en la calle y docenas de mujeres conversaban junto a las miserables casas del barrio.

—Dejamos el coche en un aparcamiento e hicimos a pie la última parte de nuestro camino. Éste finalizó en la paupérrima pensión donde yo había estado la noche anterior vigilando a Silvia Roberts. La misma en la que ahora habitaba la incomprensible Carola Borden.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —susurró Ina con los labios apretados.

—Silvia Roberts visitó este lugar anoche.

—¿Silvia Roberts? No lo comprendo…

—Yo tampoco lo comprendí entonces bien, aunque ahora las cosas me parecen mucho más claras. Vas a hacer una cosa, Ina. —¿Cuál?

—Ahora ya has visto dónde estoy. Ve a buscar el coche y trata de aparcarlo en un lugar más cercano en cuanto el tránsito disminuya en la calle. Ahora sería imposible. Y permanece en su

interior, dispuesta a arrancar apenas yo salga.

—¿Tratas de darme esquinazo?

—¡Hum! ¡«Esquinazo»! Estás aprendiendo unas palabras muy poco científicas, amiga mía.

—Contesta de una vez.

—En todos los golpes, lo más importante y difícil es la retirada. Si tú puedes ayudarme en eso, ya será suficiente.

Se alejó tras hacer un mohín de desesperanza Realmente, y a pesar de todo, yo no la estaba tratando demasiado bien. Obraba como si lo que hacía por mi no tuviera la menor importancia, a pesar de que la noche anterior, al venir a verme, me dio la clave de todo.

Subí a la pensión, que estaba en el tercer piso de una casa sin ascensor.

La noche anterior había tenido la precaución de dar dos dólares de propina a la empleada negra de los grandes ojos, y por eso ella me sonrió al verme. A pesar de su color era tan guapa que, francamente, no comprendí cómo podía haber brutos en Alabama y Georgia que siguieran siendo partidarios de la discriminación racial.

—¿Ha salido durante el día de hoy la señorita Carola Borden?

—No, no ha salido en todo el día. Se diría que está enferma, o que acaba de declarársele su jefe. ¿No le parece?

Sonreí. Y empecé a pensar que, de no tener el trabajo tan lejos de allí, tal vez valiera la pena mudarse. Acababa de ver pasar a una joven, despampanante por delante de nosotros, y ésta era blanca.

—¿Qué ocurre? ¿Tienen aquí alguna compañía teatral?

—No se fíe de esa mujer. Su profesión es lanzadora de cuchillos. Y a propósito, no ha venido nadie a visitar a la señorita Borden, pero la ha telefoneado un caballero.

—¿Sabe su nombre? —salté, con los nervios tan en tensión como si un pájaro negro acabara de rozarme con sus alas—. ¿Ha escuchado alguien esa conversación?

—No, que yo sepa. Pero parecía como si la señorita Borden estuviera esperando esa llamada.

Extraje otro dólar. No me quedaba ya dinero ni para renovar los cordones de mis zapatos.

—Toma, nena, cómprate un dentífrico.

Se introdujo el billete en el escote y me sonrió.

—Ya te cederé la mitad, por si lo necesitas…

Ina estaba impaciente sentada en el interior del «Austin», En cuanto me vio puso contacto.

—No nos vamos aún. Tengo la sensación de que Carola Borden saldrá esta noche, y es preciso saber a dónde va.

—¿Por consiguiente hemos de esperar?

—Así es. Tengamos paciencia.

Me senté y cerré los ojos, tratando de olvidar que tenía a mi lado una mujer tan soberanamente hermosa. Ina guardaba silencio, pero yo advertía su presencia a mi lado como una cosa caliente, viva e inquietante que me hacía estremecer.

La calle fue quedando desierta. Sólo permanecían ya junto a nosotros aquellos automóviles que iban a estar aparcados allí toda la noche. Los anuncios luminosos seguían haciendo guiños frente a nosotros, pero eran menos cada ves.

—¿Por qué me dijiste antes que me mirara en el espejo retrovisor? —preguntó, de repente, Ina.

—Quería que vieses tu propio rostro. Quería que estuvieses segura de que esto es la realidad. Porque pronto vas a tener la sensación de que nos hemos hundido en una región donde todo es un maldito sueño.

Sus manos, que asían el volante, temblaron perceptiblemente. Me miró.

—¿Qué quieres decir?

—En realidad soy un estúpido —afirmé sonriendo con cierta tristeza, con los ojos cerrados—. Creía que había hecho grandes descubrimientos, creía poseer una gran intuición cuando en realidad he estado siguiendo la pista que el culpable quiso. Es como si él hubiera dejado a propósito un rastro de miguitas de pan en el bosque y yo las hubiera encontrado. Al final me estará esperando con un hacha levantada. Y ese final llegará esta misma noche.

Ina hizo un gesto de atención, y entonces me di cuenta de que Carola Borden salía. Estábamos aparcados a unos veinte metros, y ella no nos vio. Echó a andar poco a poco hacia la más próxima parada de taxis, donde tomó uno. Al verla subir, Ina hizo arrancar suavemente el «Austin».

¿Adónde crees que va?

—No hay duda —aseguré—. A casa de Silvia Roberts.

—Pero ¿a qué? ¿Qué es lo que persigue con semejantes maniobras? ¿Por qué todo ese misterio?

—Es natural —contesté, recalcando las palabras— va a entrevistarse con el asesino…

Ina me miró, pálida como una muerta.

Y en ese momento, mientras a mía marcha moderada seguíamos al taxi, sonaron las doce de la noche. Comenzaba una nueva jornada, que iba a ser la última del misterio.

VIERNES

HILDA WARDEN

CAPÍTULO PRIMERO

No tuvimos que esforzarnos mucho para seguir a aquel coche, pues sabíamos a dónde iba. Al llegar a Long Island dejé que se perdiera de vista e indiqué a Ina que aminorara la marcha. Aparcamos a unos cinco minutos de camino de la casa de Silvia Roberts, y cuando llegamos a ella debía hacer unos quince minutos que el taxi terminó su servicio.

—Voy a entrar yo solo —dije a Ina en voz baja, cuando nos hallábamos cerca del sendero enarenado—. Tú tratarás de mirar a través de la ventana de la habitación en que nos encontremos, y harás ruido en cuanto creas advertir algo extraño.

Ina tenía miedo. Lo noté en el movimiento tembloroso de sus labios.

—¿A quién crees… que vamos a ver esta noche? —musitó.

—A un fantasma, ni más ni menos. Trata de tener serenidad y limítate a hacer ruido cuando veas que ese fantasma aparece por mi espalda.

Afortunadamente, aquella noche no había luna, y por eso pudimos acercamos a la casa con cierta tranquilidad. Ina se apostó sigilosamente junto a una de las ventanas, y yo me dirigí con toda calma hacia la puerta. Llamé.

Y me abrió no la criada del limonero, sino la propia Silvia Roberts. Iba vestida de calle, como si a aquella hora tan intempestiva se dispusiese a salir.

—¡Usted!… —barbotó.

—No se preocupe. Soy un buen chico.

Trató de cerrar la puerta, y yo tuve que cruzar un pie en el umbral para, impedirlo. Adiviné que había estado llorando y que los nervios debían punzarle como agujas. Los dedos le temblaban al

tratar de impedirme la entrada.

—Vamos, no sea anticuada y condúzcame a donde está su hijastra.

La frase la anonadó. Tuve la sensación de que se había vuelto de repente diez años más vieja, y de que había dejado de ser la bellísima Silvia Roberts para convertirse en la atormentada viuda de John Reginald Warden. Carente de fuerzas, con los hombros hundidos y los ojos semicerrados, me dejó pasar.

La que yo conocía como Carola Borden estaba en la sala de las antiguallas. También pareció como aplastada al verme allí, aunque no despegó los labios Me fijé en que las ventanas de la habitación tenían corridas espesas cortinas, impidiendo que desde el exterior se atisbara el menor rayo de luz.

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió Silvia a mi espalda, con voz amenazadora—. ¿Es que busca la muerte al venir aquí?

Palpé la pistola, inserta en el cinturón, y me sentí, instintivamente, más tranquilo.

—Es admirable ver a una mujer tan joven y bella con una hijastra tan joven y bella. Nadie imaginaría la relación que las une, y la verdad es que yo tampoco me la imaginé al principio.

Silvia se plantó frente a mí y me miró agresiva.

¡Diga de una vez qué es lo que se propone!

—¡Voy a decírselo claramente! —Y trató de chillar más que ella, para dominarla y para que Ina nos escuchara—. ¡Ustedes saben que están en peligro de muerte! ¡Ustedes saben que el asesino se encuentra aquí en esta casa! ¡Un asesino en el que nadie ha pensado por la simple razón de que ya no existe! ¡Pero que puede volver a matar!

Silvia se encogió un poco, apoyándose en la pared que tenía a su espalda. Oímos todos el tic tac lento y solemne, un poco angustioso, de un gran reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea. Desabroché mi americana para tener la pistola a punto.

E hice bien.

En aquel momento chilló Ina, fuera. Chilló muy débilmente, como si alguien hubiera conseguido ya medio taparle la boca. Y la hijastra de Silvia, la mujer que había querido llamarse Carola Borden, pero cuyo nombre. —Hilda Warden— había averiguado yo aquella mañana en las oficinas del Registro Civil, lanzó una especie

de chillido y se arrojó al suelo.

La puerta que estaba situada a mi espalda se abrió de repente, justo cuando lo esperaba, pues era la única desde la que podían pretender cazarme por sorpresa. Me volví, cayendo de rodillas, e hice fuego tres veces con la pistola. Los dos hombres que habían aparecido en el umbral se encogieron, alcanzados casi a la vez en la cintura, mientras sus balas destrozaban inútilmente algunas antiguallas de la pared frontera.

No perdí el tiempo en averiguar la eficacia de mis tiros. Salté hacia la ventana más próxima, descorrí las cortinas violentamente y rompí el cristal, saliendo al exterior. Entre unos nubarrones densos había aparecido tímidamente la luna.

Dos confusas figuras se movían cerca del caminillo enarenado, tratando de llegar a la parte posterior de la casa. Una figura empujaba a la otra, paro aún le quedaba una mano libre para disparar. Brotó un fogonazo y sentí el roce de la bala en un costado. Me lancé al suelo, apretando los dientes, e hice fuego. No quería matar, porque aquel hombre me interesaba en condiciones de poder mover la lengua. Y además se protegía en Ina, Hice fuego otra vez, a sus pies, y él se tambaleó ante la desesperada resistencia de la muchacha. Por unos instantes quedó solo y logró disparar de nuevo, aunque no podía verme bien. Apreté el gatillo y debí alcanzarle, porque cayó dando un extraño salto.

Me acerqué a él. Ina, muda de horror, estaba a punto de sollozar.

Por fin, era de verdad un cadáver.

Por fin habíamos dejado de buscar un fantasma a través de Nueva York.

Porque el hombre que estaba muerto a mis pies, con el corazón atravesado, no era sino John Reginald Warden.

CAPÍTULO II

En el «Austin» cupimos todos. Ina, Silvia, Hilda, yo y el teniente Patterson, que acudió a nuestra llamada inmediatamente después de los sucesos.

La postura de Silvia y su hijastra, hija del primer matrimonio de Warden, era la de dos mujeres que han vivido durante un año entero en una horrible pesadilla y que, al fin, la ven resuelta, aun cuando sea mediante un nuevo dolor. Daban claramente la sensación, y así se desprendía de los mismos hechos, de que Warden no había sido un buen esposo para la una ni un buen padre para la otra.

—¿Recuerda cuando le dije que John no daba importancia al dinero? —susurró, con voz temblorosa, Silvia—. Pues, bien, mentí. Para John el dinero era lo principal de este mundo. Carente de todo ideal político, hubo de llegar un día en que pensase que su trabajo valía una fortuna.

—Tendremos que ponernos en contacto con los del
F. B. I.
—gruñó Patterson—, porque hay aquí una montaña de cosas que no entiendo.

—Todo tiene su sencilla explicación —expuse—. Como bien acaban de decir, llegó un memento en que Warden pensó que lo que él transportaba desde las Islas Británicas valía una muralla de dólares. ¿Cómo quedarse con los documentos secretos y hacer que nadie le persiguiese jamás? Inventando una farsa que pudiera ser creída. Una farsa que fue creída por todos precisamente porque no hubo en ella la menor espectacularidad. Al contrario, por su propia moderación fue una especie de antifarsa, algo que no se veía, aunque estaba en las narices de todos. Warden desapareció tras

haberse puesto en contacto con una banda de espías internacionales que era la que había de protegerle y comprar su secreto. Esa banda tenía dominado a un ser semisalvaje, Wilson, del que sabían había matado a un hombre poco tiempo atrás. La cabeza de éste aún estaba bajo su casa flotante del Hudson. Y eso había de jugar un importante papel en los acontecimientos.

Ahora conducía yo. Iba despacio, pues lo que ante todo me interesaba era que se nos fuese calmando la horrible tensión nerviosa a que aún estábamos sometidos.

—Warden hizo una serie de cosas que parecían indicar deseaba zafarse de la persecución de alguien: cambió de ropas, envió el resguardo a Lista de Correos y se evaporó dejando dos pistas: ese resguardo y el *ticket* de una consumición hecha en un bar cercano al río, a treinta metros de la casa flotante de Wilson. Partía de la base de que los del F. B. I, mirarían también en Lista de Correos, seguirían el camino que yo seguí y le darían por muerto. Wilson fue empleado por la banda, pero era el único que no había visto a Warden y no sabía el alcance de lo que estaba ocurriendo. A él sólo le interesaba que no fuera descubierto su crimen, cosa en que le apoyaron los espías al rescatar la cabeza de manos de Clavert, pues con esto se daba a aquellos restos una importancia que no tenían. Pero los federales, obsesionados por la idea de que Warden había huido a Rusia, emprendieron las investigaciones por un camino completamente distinto. Esto también favoreció a Warden, a quien no importaba le estuviesen buscando en el Trascáucaso mientras él se hallase oculto en las cercanías de Nueva York.

Dirigí una alentadora mirada a Silvia.

Warden había vendido la mitad de su secreto y estaba protegido por la banda de espías, pero necesitaba hacerse con la otra mitad. Ninguna pieza de gran interés era depositada en las manos de un solo hombre. Y Warden, que sabían quiénes eran sus compañeros en los viajes a Londres, dedujo que de traer el resto se encargaría Eva Ranieri. Antes de su «muerte» ya se había informado concienzudamente de todo lo relativo a esa mujer para estrechar su amistad con ella y tratar de averiguar si, efectivamente, aprovecharía uno de sus viajes para traer a los Estados Unidos la otra mitad del documento. En esa espera se hallaban Warden y los dos de la banda, pensando todos en que aquél era un golpe de

millones, cuando la «viuda» de Warden decidió exigir el importe del seguro. Intervine yo y tuve suerte (en realidad, desgracia, pues era una pista falsa) de dar con las huellas que normalmente debieron haber encontrado los federales. Posiblemente, de no haber sido por Ina, jamás habría empezado a sospechar que los restos hallados no eran los de Warden. Cuando la señora Silvia identificó un cadáver cualquiera, advirtiendo por fin cuál era el juego de hombre que la había abandonado, adiviné algo de la verdad. Con aquella identificación perseguía evitar riesgos a su esposo, a pesar de la falta de escrúpulos de éste. Actitud que en cierto modo la honra, al igual que a la señora Hilda Warden. A todo esto, Eva Ranieri acababa de llegar de Londres con la otra mitad del documento.

Respiré, mientras tomábamos una cerrada curva. Y cuando enfilamos de nuevo la recta de una larga calle, seguí explicando:

—La señora Silvia Roberts sabía lo bastante de las actividades de su esposo para imaginar que otro agente pudo haber sido encargado de transportar la mitad restante del documento. Fue a ver a Eva Ranieri, un par de horas después de llegar ésta y le rogó que se pusiera a cubierto, aun cuando supongo que sin detallar por qué. Pero ante las preguntas de Eva debió explicarle sus sospechas, pues su miedo pudo más que cualquier otro sentimiento. Quizá la amenazó con intención de salvarle la vida. Ella debió darle el documento, de una forma u otra, y la señora Silvia marchó, dejando olvidado un cigarrillo que yo supe identificar. Luego llegaron los de la banda y acabaron con Eva Ranieri, tratando de obtener un secreto que ella ya no poseía. —¿Y lo de Hilda Warden?— interrumpió Patterson.

—Deduciendo que el documento podía tenerlo Silvia, debieron pensar que lo habría puesto en manos de su hijastra para que estuviera más seguro.

—Pero… ¿Warden consintió que la torturasen?

—Warden no estaba aquella mañana en el lugar de los hechos. Además la verdad es que las quemaduras sufridas no tienen importancia. Puro efectismo. La que de verdad estuvo a punto de morir fue Ina, pues Warden, sabiendo que en la «Morgue» se estaban realizando estudios sobre los restos identificados por su esposa, pretendió raptar a Ina para averiguar qué era lo que sabían. El fin de la muchacha, una vez hubiera hablado, puede suponerse.

Pero Warden ya no contaba con ayuda por parte de la banda que le protegía, (cuyos dos últimos miembros han caído hoy), había citado a su hijastra, dando la cara de una vez, para pedirle mediante amenazas que le entregara el documento. El traslado de Hilda Warden a una pensión de Harlem tuvo por objeto evaporarse. Pero los espías estaban tras sus huellas, y de nada le sirvió.

Llegábamos en aquel momento frente a la sede del
F. B. I.
Todos descendieron del coche excepto Ina y yo. Dije a Patterson que tomara declaración a todos, si le parecía, dando preferencia en la información al
F. B. I.,
por estar más directamente interesado en el asunto. Yo enviaría un informe escrito al cabo de media hora.

—¿Por qué no entra? —preguntó Silvia Roberts.

—Eva Ranieri era una mujer muy hermosa —contesté—. Fue una lástima. Y arranqué.

Capítulo III

—Estás diciendo cosas incomprensibles —musitó Ina al cabo de unos instantes—. ¿A qué ha venido ese comentario sobre Eva Ranieri? Y ¿por qué creer que ella entregó tranquilamente el documento a Silvia Roberts?

—No se lo entregó —dije—. Si lo arrebataron. Y por eso voy a hacer ahora un informe escrito.

Ina estaba asombrada.

—Pero… ¿cómo?

—Temía que llevar a esas mujeres a presencia de los federales, Ina, y no quería hacerlo por la fuerza. Por eso enfoqué las explicaciones como si ellas fueran inocentes. Pero, en realidad, lo de Warden fue un auténtico complot en el que empezó actuando solo, para tener luego que admitir la colaboración de esas dos mujeres, más ambiciosas aún que él. ¿Cómo Silvia sabía que era Eva Ranieri la sustituta normal de su marido? Los agentes especiales no suelen tener ni aún con sus más íntimos familiares confidencias de ese tipo, a menos que deseen traicionar la causa a la que sirven. Éste fue un detalle que me hizo sospechar. Luego el que dejara allí aquel cigarrillo, debió de ser la señal para que Warden y los otros, que llegarían enseguida, vieran que ella estaba convencida de que el documento se hallaba en poder de Eva, y apretaran las clavijas. Como ellos no habían puesto el cigarrillo en el cenicero, se comprende que lo olvidaran, ya que, además, les desconcertó mi intrusión. Pero la misma Silvia no habría dejado tal indicio de no ser con un fin manifiesto. Por último, el detalle de que Hilda Warden fuera atacada en su piso de Malville Road. Es un sitio demasiado peligroso para realizar un golpe como aquél, a menos que se cuente con la conformidad de la propia «víctima». Se trataba

de que la muchacha apareciera al cabo de unas horas, cuando llegase la asistenta, atada y amordazada y con muy ligeras quemaduras. Un mal trago, sí, pero de este modo estaría libre de toda sospecha. Llegué yo en el preciso momento en que tenía lugar la comedia, y me afirmé entonces en mis suposiciones. Ella no tuvo más remedio que ayudarme. Del mismo modo pensé que el que te había perseguido por la noche era el mismo Warden, «el muerto», porque con tu ojo clínico identificaste sus medidas con las del cuerpo que había señalado Silvia, y que por fuerza debían ser muy aproximadas. Además habías visto su fotografía. Eso es lo que te dio la horrible sensación *de que ya lo conocías*. Por último, el que Silvia se equivocara al «reconocer» un cadáver, haciendo un esfuerzo por su cuenta para ayudar a su esposo. Y. en fin, esta noche, después de la maniobra de Hilda para evaporarse a los ojos de todos y que nadie pudiera seguir sus últimos pasos, había reunión en la casa de Long Island para tratar de la venta de los documentos, reparto del dinero y salida inmediata del país.

Ina estaba pálida, a punto de llorar. Me di cuenta también de que era una muchacha demasiado buena, demasiado tierna a pesar del endurecimiento a que por amor a la Ciencia se había visto sometida.

—¡Pero esto es siniestro! —susurró—. Y ahora esas mujeres estarán encerradas allí, confiando en que todo ha salido bien… Y tú vas a enviar un informe escrito explicando que son culpables… ¡Dios mío! ¿Es que nada en esta tierra es verdad?

—Es verdad la conciencia —dije, entrecerrando los ojos y mirando hacia la lejanía—. La conciencia será quien mate a esas dos mujeres que por ambición lo han visto destrozado todo a su alrededor. Yo enviaré un informe escrito, sí, pero para nada se referirá a ellas. Hilda sólo es culpable de haberse dejado guiar por su desmedida ambición, al igual que Silvia, la cual no tuvo inconveniente en casarse, por éste sólo motivo, con un hombre que casi le doblaba la edad y era ya viudo con una hija mayor. ¿Culpables ante el Código Penal? Una complicidad que no afectó de forma decisiva a los hechos, excepto en lo de Eva Ranieri, a quien Silvia fue a visitar, indudablemente sin saber que iban a causarle un daño tan importante. Su culpabilidad es más bien de conciencia que de hechos concretos, Ina, y ha de ser su propia conciencia la que las

castigue. Esta noche se hallaban deshechas las dos, y así purgarán mil veces su delito. Además no cobrarán el seguro, porque Warden vivía cuando el plazo expiró. ¿Para qué convertirlas en carne de presidio? Ahora ya no tendrán más remedio que devolver los documentos secretos, porque de acuerdo con las explicaciones que yo he dado, y que a ellas les conviene admitir, no tienen otra salida. El resto lo pagarán en su intimidad de un modo mucho peor que entre rejas. Y ojalá que ese dolor las purifique. Porque a tu pregunta sobre si nada es verdad en este mundo, yo te contesto: es verdad la conciencia, Ina…

Apreté los labios. Estaba tomando afición a los sermones y eso, en mi situación, era lo peor que me podía ocurrir.

—Bueno, he tenido una semana negra. He conocido a muchas mujeres guapas y todas estaban muertas o tenían un fondo inconfesable. Sólo tú, Ina, eres un ángel en la noche, pero los ángeles se evaporan y no vuelven a aparecérsenos más. En fin, redactaré un informe con lo que he dicho a Patterson en el coche y procuraré olvidar todo esto…

Ina me apretó el brazo. Me volví para mirarla y vi fiebre en sus ojos.

—Yo no he amado jamás —musitó con una voz espesa, cálida, enervante—. Pero quiero demostrarte qué para ti no soy un ángel. Para el coche.

Lo paré.

Eran las dos de la madrugad; Yo tenía cinco dólares.

A las dos y tres minutos hasta eso había perdido. Pues las leyes de la ciudad autorizan a los agentes de vigilancia a imponer multas a los que se besan en el interior de los coches, aunque sea un simple beso de esos que señalan un principio y marcan un…

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.